Fernández

Al Sr. D. Manuel Danvila
su amigo
Federico Romero

EL ESPANTAJO

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
2916

EL ESPANTAJO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

DON JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN

Representada por primera vez

en el TEATRO ESPAÑOL el 11 de Marzo de 1894

MADRID
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE «EL LIBERAL»
calle de la Almudena, núm. 2
1894

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA PETRA	Doña Carmen Argüelles.
INÉS	» Matilde Rodriguez.
AMALIA	» Josefa Mari.
DON JUAN	Sres. D. Wenceslao Bueno.
EL MARQUÉS	» José Mata.
DON LUÍS	» Rafael López.
TOMÁS	» Francisco Gómez.
TIO LORENZO	» Salvador Soler.
UN LACAYO	» Luis Cernadas.

Vecinas y vecinos

Acción contemporánea: El primer acto pasa en el salón de una quinta: el segundo en el jardín y el tercero en la huerta.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada «El Teatro», de D. FLORENCIO FISCHWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

alón de una quinta de D. Juan, en Carabanchel. Una reja con cortinaje que da á la calle. Espejos grandes. Algún entredós sobre el cual habrá unas fotografías de hombre y mujer.—Decoración lujosa.

ESCENA PRIMERA

. LUIS por fuera y AMALIA por dentro, hablan en la reja. D.ª PETRA y D. JUAN entran de puntillas y se pone á escucharles con afectuosa curiosidad.

UIS. ¿Qué? Que mi padre está disponiéndose para venir y esta vez no se me duerme. Que el cielo de Carabanchel me parece la gloria: que los ojos te han crecido y ha menguado tu boquita desde anoche: en fin, que estoy loco de alegría y no se lo que me digo. ¿Me quieres?

MALIA. Te quiero

IS. Pues dame un dedo.

JUAN. *(A Petra)* El cariñito de Cádiz. Así hacíamos nosotros. *(Doña Petra le hace ademán de que calle.)*

IS. ¿Me amas?

IALIA. Te amo

IS. Pues dame la mano ¿Me embelesas? *(D.ª Petra quiere interrumpir y su marido la contiene.)*

ALIA. No se lo que sigue.

JUAN. Tu bien lo sabías, Petra.

PETRA. ¡Calla! ¡Calla!

S. Dilo.

ALIA. ¿Estás loco? ¿No ves que pasa gente?

S. ¿Me embelesas?

ALIA. Te... te...

725140

LUIS. Ahora es la ocasión.

AMALIA. Te embeleso. (*D.ª Petra hace sonar el piano precipitadamente: desaparece Luis y Amalia se levanta manifestando confusión.*)

ESCENA II

AMALIA, D.ª PETRA y D. JUAN

D.ª PETRA. ¿Con quien hablabas, Amalia?

AMALIA. Pues hablaba... hablaba... con Luis.

D. JUAN. ¿Dejasteis anoche algo que deciros? Si no cesas teis de charlar en toda la tertulia.

D.ª PETRA. Y se concluyó bastante tarde.

AMALIA. Es que ha venido á darme un recado.

D. JUAN. Si: que su padre se está arreglando para venir

AMALIA. ¡Ah! ¿lo sabe usted?

D.ª PETRA. Los padres lo saben todo.

D. JUAN. Siempre llegan de puntillas para oir lo que dic á su hija única el novio que le habla por la reja

AMALIA. ¡Ah! Nos estaban escuchando... (*Se tapa la car con el pañuelo.*)

D.ª PETRA. (*Con reconvención*) ¡Juan!.. la has avergonzad

D. JUAN. ¿Yo? Ven aquí, niña. Quítate ese pañuelo de cara y alza tu frente. Lo que os decíais en la r ja es lo que nos decíamos tu madre y yo cuan éramos muchachos. Es el trino invariable de t dos los enamorados de tu edad. ¿No es verda Petra?

D.ª PETRA. Ya no me acuerdo.

D. JUAN. ¿Ahora te avergüenzas tú? No hay razón p ello. Eras entonces un capullo de mujer: yo botoncillo de hombre. Qué apretones de ma nos dábamos al encontrarnos en la cadena cua do bailábamos lanceros.

D.ª PETRA. No le escuches.

AMALIA. Papá: es usted muy bueno.

D. JUAN. ¿Lo ves? Ya está otra vez risueña. También n otros estamos contentos.

D.ª PETRA. Si, hija mia. (*Suspira*) En lo posible.

D. JUAN. Tiene motivo tu madre al suspirar. Hoy vie á pedir tu mano. Esto significa que perde el privilegio de tu cariño y que para formar familia se deshace la nuestra.

AMALIA. (*Abrazando á D.ª Petra.*) ¡Oh! No. Viviremos ustedes: le he impuesto esa condición y la aceptado.

D.ª PETRA. ¿De veras? ¡Hija de mi alma!
D. JUAN. (*Acariciándola.*) Si: esa es la frase que mereces: hija de mi alma.

ESCENA III

Dichos y TOMAS por la puerta de la izquierda

TOMÁS. ¡Señor!
AMALIA. (*En actitud de retirarse.*) ¡Ah! ¿Ya llegó?
D. JUAN. ¿El Marqués?
TOMÁS. No, señor: Lorenzo el guarda.
D.ª PETRA. ¿A que vendrá?
TOMÁS. Desea hablar á los señores: le dije que estaban esperando una visita y quedó en venir dentro de un rato.
D. JUAN. Está bien: anuncia al marqués apenas llegue.
TOMÁS. Dichoso Marqués.
D. JUAN. ¿Qué dices, hombre?
TOMÁS. (*Volviendo á salir.*) Buena va á quedar esta casa cuando se nos lleven á la niña.
D. JUAN La quiere como un bárbaro.

ESCENA IV

Dichos, menos TOMAS.

D.ª PETRA Pero abusa de la consideración que le tenemos.
D JUAN. Es el privilegio de los criados antiguos; hace más de veinte años que nos aguanta y debemos sufrirle. Además tiene razón: buena quedaría esta casa si se nos llevasen á la niña.
AMALIA ¿Podría yo consentirlo, ni vivir sin los besos de mi madre?
D.ª PETRA. Quita, quita; zalamera.
AMALIA. ¿Y quién haría á mi padre la partida de ajedrez, ni le tocaría al piano sus óperas favoritas?
D. JUAN. Es verdad, melodías de Bellini, las únicas que entiendo y que cantas como un ángel á media voz para mi sólo: Amalia, no eres sólo en esta casa, la hija única...
D.ª PETRA. Es la que cura mis tristezas.
D. JUAN. Sin tí envejecería muy deprisa.
AMALIA. No me haga usted llorar.

D. JUAN. ¡Yo! Soy un majadero. Seguirás siendo aquí la hija mimada, la despensera y la primera tiple. Y cantarás mis aires favoritos, que tarareo interiormente, porque soy un buen músico de garganta para adentro: un gran tenor mudo. Tus lágrimas piden venganza y lo van á pagar las aves del corral. ¡Tomás! haz un degüello de gallinas y convidad á vuestros amigos. ¿Lágrimas aquí cuando estoy dispuesto á bailar el cotillón el día de tu boda? ¿Quiéres ensayarle ahora mismo?

AMALIA. No me haga usted reir.

D.ª PETRA. Ríe, ríe: que sólo hay motivos de contento.

AMALIA. ¿No es verdad que sí? Pero al fin y al cabo, aunque le quiero mucho, y seré feliz, son ustedes tan buenos para mí, que río y lloro al mismo tiempo.

D. JUAN. Todavía hay una esperanza: que el marqués se quede dormido en la butaca y no venga.

AMALIA. Eso no; Luis no le dejaría dormir.

D.ª PETRA. Lástima de hombre: joven aun, amable y galanteador hasta hace poco, encontrarse de pronto dominado por un sueño que no se sacia nunca. Antes no había esas enfermedades.

D. JUAN Si no es enfermedad: su médico dice que es salud. Es efecto de las inyecciones de cloruro mórfico que le ha recetado.

D.ª PETRA. ¿Qué es eso que le dan?

D. JUAN. La morfina: un remedio á la moda que ahora se receta para todo. Pero... creo que es él.

AMALIA. ¡Ah! (*Se retira apresuradamente, y después de mirar cariñosamente á sus padres, sale por la izquierda.*)

D.ª PETRA. Dios nos ha recompensado con esa niña.

D. JUAN Si, Petra; pero hoy es un dia triste para nosotros. Ya no podemos ocultárselo.

ESCENA V

Dichos, el MARQUÉS y TOMAS que después de anunciar se retira por la izquierda.

TOMÁS. El señor Marqués de Armas. (*Se retira.*)

D. JUAN Adelante, querido vecino.

MARQUÉS. ¿Cómo vá Petra? D. Juan... (*Se sientan.*) Por Amalia no pregunto: la ví hace poco en la reja hablando con mi hijo. Y dicho esto nos hallamos de lleno en el asunto que motiva mi visita (*Bos-*

teza.) Dispensenme ustedes si bostezo: ya saben que es enfermedad: la última inyección ha sido muy fuerte.

D.ª PETRA. Está usted dispensado.

D. JUAN. Y excuse usted los cumplidos: estamos en familia.

MARQUÉS. ¿En familia? Gracias A eso aspiramos y á eso vengo. (*Bosteza aquí y donde resulte natural.*) Empiezo á usar de la confianza que se me concede. Pues, bien: nuestros hijos se quieren y se han dado palabra de casamiento: ustedes y yo hemos autorizado esas rela . relaciones, no poniéndolas obstaculos, que, dada su pasión .. su pasión... hubieran sido inútiles.

D.ª PETRA. ¡Pícara morfina! Ya se ha dormido. En lo mejor.

D. JUAN. ¡Marqués! (*Tocándole suavemente*) ¡Vecino!

MARQUÉS. Pido otra vez perdon: no estoy para alternar entre las gentes. Estabamos en que había pedido la mano de su hija Amalia para mi hijo Luis ¿no es cierto? Ya saben ustedes que mi hijo es vizconde de Celia, y cuando muera yo será marqués de Armas. Permítanme que me pase á una silla sin muelle. Este sillón es una cama. (*Cambia de silla.*) Nuestra nobleza es antigua como nuestros caserones, que es lo único que nuestros administradores nos dejaron: polvo venerable: yo no engaño á nadie Por consiguiente, mi hijo sólo puede, si su mujer usa carruaje, poner el escudo en la portezuela Eso sí, la educación de Luis me ha desvelado .. (*Bosteza.*) Es un verdadero *sportman*: monta a la perfección: no se le escapa un pichón en el tiro: es una autoridad dirigiendo cotillones y un maestro en el florete Pero, todo eso, aplicado á la vida real, no conduce, por sí, á ningún estado brillante Con la carabina puede ser un guarda, bailando un danzante, montando un jockey, y cuando le veo florete en mano, no sé en que podría utilizar esa destreza, como no fuese para vigilante de consumos. Este es Luis: ahora ustedes se servirán decirme si en esas condiciones le aceptan para yerno.

D. JUAN Marqués: la franqueza de usted exige que correspondamos con la nuestra. Pero, antes voy á hacer que le sirvan una taza de café.

D.ª PETRA Sí: al instante. (*Se levanta.*)

MARQUÉS (*Levantándose también y sonriendo.*) Es inútil. El café no me desvela. No hay otro medio para hacer que me entere de las cosas formales, que tener en cuenta que soy un enfermo, y administrármelas en píldoras

D. JUAN Comprendo y seré lacónico.

MARQUÉS Y si á pesar de todo me durmiera, tener la bondad de darme un golpecito en la espalda.

D. JUAN Pues bien, marqués; la proposición de usted nos honra; pero antes de comprometerle aceptándola, debemos confiarle un secreto, que lo es para Amalia misma y sólo lo sabe en esta casa, fuera de nosotros, un criado antiguo. Amalia no es hija nuestra.

MARQUÉS ¡Ah! ¿Habré cometido, al dar este paso una ligereza?

D.ª PETRA No, señor, es hija adoptiva y sustituye á una hija de un año que perdimos.

D. JUAN Y es huérfana de padres tan buenos como nosotros: allí están sus retratos: eran íntimos amigos nuestros, y al morir nos confiaron su hija. El secreto es sólo un sentimiento, una delicadeza...

MARQUÉS. Que no podrá prolongarse si se casa.

D.ª PETRA. Es verdad: si se casa.

D. JUAN. Para todo lo demás es hija nuestra: la doy de dote dos millones, que recibirá su marido en valores seguros.

D.ª PETRA. Cuando la adoptamos, acababa de morir una niña que Dios nos concedió y que por estar enfermiza habíamos enviado á criar en un pueblo para que se fortaleciera.

D. JUAN. No tuvimos esa suerte, sino que la perdimos: por eso criamos á Amalia como hija y cree serlo. Esta es toda nuestra familia, y nuestra preocupación su felicidad. Gano mucho y gasto poco, y no me retiro de los negocios, porque viven muchos á mi sombra.

D.ª PETRA. ¡Juan! (*Señalando al Marqués que ha vuelto á doblar la cabeza.*)

D. JUAN. (*A Petra y contrariado.*) Pues, francamente: no creo haber sido pesado. Es imposible hablar de negocios con este hombre. (*Se levanta y le dá un golpecito en la espalda.*) ¡Marqués! (*Le dá otro.*) ¡Vecino! Decía que bastaba un golpecito y hay que darle lo menos catorce golpes y repique. (*Le sacude.*)

MARQUÉS. Perdón: mi padecimiento es vergonzoso, vergonzoso. Habíamos quedado en que casábamos á los chicos y usted daba de dote á Amalia tres millones ¿no es eso? (*D. Juan y D.ª Petra se miran sorprendidos.*)

D. JUAN. (*Con firmeza.*) Si: tres millones.

MARQUÉS. (*Levantándose.*) Pues que sean muy felices. I

palabra de dos caballeros es un contrato, y un apretón de manos una firma. (*Le dá la mano*) Señora, (*Tendiendo la mano á D.ª Petra*) firme usted también. Y dispensenme si salgo. Mi hijo espera... Amalia lo mismo... y yo (*sonriendo*) no he dormido mi siesta todavía.

D. JUAN. Voy á acompañarle. ¡Tomás!

MARQUÉS. (*Deteniéndole.*) Gracias: andando resisto mucho el sueño. ¡Ah! Olvidaba mi sombrero. Bien mirado, un enfermo como yo, no debía salir á la calle con sombrero, sino con gorro de dormir. (*Vase.*)

ESCENA VI

DOÑA PETRA y DON JUAN y luego TOMÁS.

D.ª PETRA. Que enfermedad tan triste.

D. JUAN. Y sin embargo, ese hombre, durmiendo, ha ganado para su hijo, lo que gané despierto en mucho tiempo. Me ha sacado un millón. ¡Y yo le hice dormir!

D.ª PETRA. ¿No es para Amalia?

D. JUAN. Es verdad: pero hazme la justicia de confesar que no he regateado.

D.ª PETRA. Vamos á decirla que ya es vizcondesa...

D. JUAN. Pero... que no es nuestra hija... eso no me atrevo...

D.ª PETRA. ¡Tú!

D. JUAN. Los dos; pero lo más tarde posible.

TOMÁS. ¡Señor! Le buscan...

D. JUAN. Que esperen los que sean.

(*Vanse D. Juan y D.ª Petra por la derecha.*)

ESCENA VII

TOMÁS y luego INÉS y LORENZO por la izquierda; de campesinos y enlutados

TOMÁS. Que esperen... que esperen. Es muy fácil mandar y hacer que uno dé las malas razones ó eche mentiras. Pues hoy no engaño á nadie. Tio Lorenzo, tienen ustedes que esperar.

LORENZO Mejor, mejor.

TOMÁS ¿Y la parienta?

LORENZO. Que Dios la haya perdonado: y no digo más: que Dios la haya perdonado.

TOMÁS. ¿Y esta muchacha? ¿Es hija de ustedes? ¿Como te llamas, buena moza?

INÉS. Me llamó Inés.

TOMÁS. Inés se llamaba la pobre hija de mi amo. Ahora tendría... como se pasa el tiempo, tendría veintiun años cumplidos. ¿Salen ya? No. Que guapa estas. El aire del campo, el vino puro y sano, y el olor del romero y el tomillo crian á los chicos frescos y robustos.

INÉS. Anda: pues si hay en el campo más gente encanijada. Aquí es donde viven á gusto y se ceban los señores.

LORENZO. Aprieta: no ha dicho nada. Como que sabe leer y escribir como una señorita y zurce y plancha. No se dirá que la hemos enseñado mal: en eso mi difunta se portó como quien era. Siéntate, muchacha: yo no; pero tú, siéntate donde quieras: ya sabes.

INÉS. ¡Ay! (*Sentándose*)

TOMÁS. ¿Te has hecho daño?

INÉS. Es que creí que me hundía ¡Ay que gusto! Este sillon es un columpio. (*Se levanta y se dirije al mueble donde están las fotografías.* ¡Unos retratos! ¿son los suyos?

LORENZO No; pero ahora, calla.

INÉS Vaya unos espejos: si se vé una hasta los piés.

LORENZO ¿De veras?

INÉS (*A parte á Lorenzo.*) Se vé todo lo raro que venimos: no se mire usted.

LORENZO Si traemos lo mejorcito.

INÉS Pues á mi me dá vergüenza de verme en esta facha: se vá á reir de mí la otra.

LORENZO Tu te callas que aquí hay de todo y estarás como es debido

INÉS (*A Tomás.*) Diga usted... ¿y es guapa la Amalia?

TOMÁS ¿Que si lo es? ¿Has visto querubines?

INÉS No, señor, ¿y usted?

TOMÁS Yo.. Los he visto pintados y así es mi señorita.

INÉS ¿También pintada?

TOMÁS Quiero decir que es muy linda y muy buena y muy elegante.

INÉS. Entiendo: no haga usted más gasto de palabras. Los buenos trajes favorecen á cualquiera

LORENZO ¡Qué verdades dices!

INÉS ¿No me enseñó usted el espantajo que hay en la huerta de esta casa? Pues, con la ropa que le han puesto, parece un caballero y es un espantajo,

TOMÁS Ya creo que sale el señor.

LORENZO Oye, Inés; mejor será... sí; salte afuera. Este te dirá donde debes esperarme. (*Bajo*) Ahora silencio. Luego, la mar. (*Salen Inés y Tomás por la izquierda.*) El caso es que tengo miedo y mi mu-

jer tuvo la culpa. Que Dios la haya perdonado, y que Dios la haya perdonado.

ESCENA VIII

DON JUAN por la derecha y LORENZO

D. JUAN. Pobrecilla: su felicidad me alegra el alma.

LORENZO ¡El padre! Ni me atrevo, ni sé cómo empezar.

D JUAN. ¡Oh! ¡Tio Lorenzo! Años hace que no nos veíamos: como que en la calle le hubiera desconocido. ¿Hay novedad? ¿Qué es eso? ¿Tiembla usted? ¡Bah! Algún apuro. Siéntese y diga lo que necesita.

LORENZO. No: no me siento

D. JUAN. ¿Por qué?

LORENZO. Porque quien pide perdón se pone de rodillas.

D. JUAN ¿A mí? Levántese usted ó me retiro.

LORENZO. La mano, por lo menos, déjeme usted que se la bese: me lo encargó el cura de mi pueblo.

D. JUAN. Si es penitencia no me opongo.

LORENZO. Me dijo cuando salí del pueblo: ponte de rodillas, bésale la mano y ruégale que no te eche á presidio.

D. JUAN. Empieza usted á alarmarme no sé por qué, y le ruego que se explique. Comprendo que viene usted á comunicarme una desgracia.

LORENZO. No: no señor. La desgracia es para mí.

D. JUAN. Hable usted y no me desespere.

LORENZO. Pues si yo supiera hablar, ya estaría dicho. Pero hay cosas .. Yo no hice más que consentir; porque quien mandaba en mi casa era mi mujer.

D. JUAN. ¿Y por qué no viene ella misma?

LORENZO. No viene, porque, francamente, se murió.

D. JUAN. ¿Qué murió la pobre Blasa?

LORENZO. ¡Pobre! Ella que tuvo la culpa está tan descansada, y yo... No la llame usted pobre hasta que lea esta carta que le escribe el señor cura.

D. JUAN (*Toma la carta y la abre.*) No comprendo pero mi imaginación forja unas quimeras. (*Lee para sí mirando alternativamente á Lorenzo y al papel.*) Un delito que debo perdonar como cristiano... Que los autores han muerto... Víctima yo de la codicia campesina . Si no me atrevo á proseguir. . (*Se pasea con agitación y luego lee conmovido.*)

LORENZO. Malo, malo. Y no ha vuelto la hoja todavía.

D. JUAN. (*Leyendo*) «Es tan complejo el corazón humano, »que á veces se mezclan el mal y el bien en una »accion inícua, y aquí se unieron la codicia y el »cariño. Blasa al morir me autorizó para revelar»le este secreto y declarar que su marido Loren»zo fué el menos culpable. Un desdichado que ya »pagó sus culpas escribió la certificación falsa »que le enviaron á usted... y para que vaya com»prendiendo .. le estafaron á usted al remitirle la »cuenta del entierro de su hija; porque todo era »una impostura...

¡Señor! ¡Señor! ¿Qué es esto?

«Era un delito estúpido como lo son tantos deli»tos. Quisieron al secuestrarle la niña á quien ya »amaban, gozar de su ternura y cultivar su co»razón, para el día en que fuera rica participar »de su fortuna, comprendo con ella su impuni»dad. D. Juan, yo prometí á la moribunda, obte»ner de usted el perdón para su marido y para »ella La hija que creyó usted haber perdido ha»ce tantos años, vive, y le será devuelta cuando »reciba usted esta carta. Perdone usted á los que »le ofendieron y dé gracias á Dios por este felici»dad inesperada ..»

¡Que perdone! ¡Que perdone! *(Se pasea accionando sin fijarse en Lorenzo.)*

LORENZO. (*Con gran temor.*) Hice mal: esa carta debió entregarla Inés.

D. JUAN (*Parándose de pronto y pasándose la mano por la frente al ver á Lorenzo.*) ¡Sal! Y espera allí á que me serene. No he cazado nunca por no matar un pájaro: pero si continúas delante de mí, te mato como á un lobo. (*Lorenzo sale precipitadamente por la izquierda.*)

ESCENA IX

DON JUAN

D. JUAN ¡Señor! ¡Señor! Modera los latidos de mi corazón y restablece mi calma ó enloquezco. Aquel sueño lejano toma vida... El ángel que había volado al cielo para siempre... regresa y está cerca de mi .. la muerte me devuelve su presa... No puede ser, no puede ser, esto es absurdo, Y es, sin em-

bargo, y lo increible se impone con la luz de la evidencía. Pero ¿está ahí mi hija y no he corrido á estrecharla entre mis brazos? (*Dirígese con presteza hacia la izquierda y se detiene de pronto.*) No: el primer abrazo corresponde á su madre. (*Retrocede hacia la puerta de la derecha por donde al fin sale.*) Señor, señor. Si estoy soñando, haz que no despierte.

ESCENA X

AMALIA

AMALIA. Pero que atolondrado vá mi padre: si parece imposible: ha pasado á mí lado y no me ha visto. Mejor. Así no me sorprenderán esta vez. Me ha hecho señas de que vá á darme una flor. ¿Estaré despeinada? (*Se mira al espejo.*) ¡Ay! Que fea estoy cuando quisiera estar más hermosa que la flor que quiere regalarme.

ESCENA XI

AMALIA y LUIS, éste por fuera de la reja.

LUIS ¿Me han concedido tu mano?

AMALIA. Dame ese clavel: es tu regalo de boda.

LUIS. El regalo será un aderezo de brillantes.

AMALIA. Eso es para la vanidad y para el mundo. Entre nosotros vale más esta flor que han tocado tus labios

LUIS. Pero ese clavel se arrugará.

AMALIA. Y cuanto más arrugadito esté, tendrá menos valor para todos y más para mi sola. Para apreciar los brillantes basta el interés; las flores secas sólo el cariño las aprecia.

LUIS. Oh que felices seremos. Iremos todas las noches al Real.

AMALIA No: encerraditos en casa.

LUIS. Amalia ¿quiéres enjaularme? ¿Crées que un marido es un jilguero?

AMALIA. ¡Mi marido! ¡Tu mujer!.. Si me parece imposible tanta felicidad. Repítelo. No: luego me lo dirás

muy callandito. No quiero que nos vean. Papá es muy burlón. Vete, vete. Mira lo que hago con tu flor *(La besa)*

LUIS. Devuélvemela para hacer lo mismo.

AMALIA. No: que es mia ya para siempre. Vete. Hasta luego. (*Le tira un beso y Luis se retira*)

ESCENA XII

AMALIA, que se esconde entre el cortinaje y DOÑA PETRA muy agitada y apoyándose en DON JUAN, que entran por la derecha.

AMALIA. Mis padres. Qué vergüenza. No quiero que me vean.

D. JUAN. Recóbrate Hice mal: debí prepararte más: pero si no estaba sereno. . y adivinaste tan deprisa...

D.ª PETRA. ¡Tomás! ¡Lorenzo!

D. JUAN Espera .. No: tienes razón: cuanto antes.

ESCENA XIII

Dichos: TOMAS y detrás LORENZO que entra con desconfianza por la izquierda.

TOMÁS. ¡Señora!

D. JUAN (*A Tomás.*) Tú, escucha. (*A Lorenzo agarrándole por el cuello.*) Tú, responde de rodillas. (*Le obliga á arrodillarse.*)

D.ª PETRA. ¡Infame! ¡Qué has hecho de mi hija!

TOMAS. ¡Señora! ¿Qué hija es esa?

D. JUAN. (*A Tomás.*) Escucha, escucha y no interrumpas.

LORENZO. Inés.. la señorita Inés está allí fuera.

TOMÁS. ¡Señor! ¡Una abriega!

D. JUAN. ¿Por qué me la robaste?

D.ª PETRA. ¿Por qué me hiciste llorar tanto por ella?

D. JUAN. ¿Por qué no tuviste lástima de su madre?

LORENZO. ¿Y cómo he de responder si me quitan el resuello? (*Le sueltan y se levanta.*)

D. JUAN. ¿No os dimos todo lo que pedisteis? ¿No hicimos de vosotros absoluta confianza? ¿Cuando arranque la criatura enferma de los pechos de su madre, que se moría de extenuación, no os rogué casi llorando, que la salvarais con el aire puro y

la salud que allí os sobraba? ¿No fié á vuestra conciencia, más que mi vida propia y mis millollones en la vida de mi hija?

D.ª PETRA. ¿Cómo tuvisteis la maldad de robarla mis cuidados, las comodidades de su casa, la educación y sobre todo, mis caricias, mis caricias?

LORENZO. Un mal pensamiento.

D.ª PETRA. ¿No sabíais que mientras mi hija propia, mi hija verdadera, vivía miserablemente con vosotros, yo hacía de madre con una extraña. Por vosotros la huérfana tenía madre y era huérfana mi hija.

TOMÁS. ¡Pobre Amalia! ¡Pobre Amalia!

LORENZO. Eso no: caricias no la faltaban, que también se quiere á los chicos que se crian con nosotros. Y en fin, ya todo lo explica el señor cura.

D. JUAN. Dice que habéis hecho de ella una ignorante campesina,

LORENZO. ¿Ignorante? Eso no: que tiene más malicia que todos nosotros y que el cura. ¡Ignorante! Esta chaqueta que llevo la hizo ella.

D.ª PETRA. Quiero verla. ¿oyes? Quiero verla.

D. JUAN. Pero ¿podemos creerle después de sus engaños? ¿Quién nos responde de que esa joven que nos presenta es nuestra hija?

LORENZO. ¿Pues no lo dice el cura? Qué no lo digo yo. Y á fe, que no tiene señales la muchacha ..

D.ª PETRA. ¿Y crees que pueden engañarme? Cuando todos los días descubria su cuerpecito sonrosado, devoraba con los ojos las manchas de la vacuna, los hoyitos de los brazos, los lunares de su espalda y todos los hechizos de su cutis. ¿Engañarme yo cuando todas las noches sueño que la veo, y no hay poro en su piel que no tenga marcado con mis besos? La reconocería entre cien hijos ajenos. El cuerpo de una hija es para su madre un papel escrito que está lleno de firmas. ¡Vamos! ¡Vamos!

D. JUAN. (*A Lorenzo.*) Escucha. ¿Lo sabe todo?

LORENZO. Si. señor.

D.ª PETRA. ¿La enseñaste á querernos?

LORENZO. ¿Pues como, si creía que éramos sus padres?

D. JUAN. Pero ¿desea vernos?

LORENZO. Claro, claro, y que la entreguen lo que es suyo.

D. JUAN. ¿Qué dices?

D.ª PETRA. ¿Qué ha de decir? Suyos son nuestros abrazos, nuestro amor. .

D. JUAN. No, Petra: éste no tiene idea de lo que sentimos. ¡Miserable!

D.ª PETRA. ¡Vamos! ¡Vamos! (*Salen por la izquierda.*)
TOMÁS. (*Con desconsuelo.*) ¡Pobre Amalia! ¡Pobre niña!

ESCENA XIV

TOMAS y AMALIA que sale llorando

AMALIA. ¡Tomás! ¡Tomás!
TOMÁS. ¡Estaba aqui!
AMALIA. Si: lo he oido todo sin querer. Todos me han engañado: no me engañes tú, que me conoces desde pequeña y lo sabes. Dimelo aunque sea duro ¿Quien soy yo? (*Sollozando.*)
TOMÁS. ¿Que quien eres? Eres un angelito que ha bajado de los cielos para hacerme creer que el cielo está aquí abajo. Te he visto crecer como los capullitos del rosal, que se hacen rosas de repente. Te comparo con las mariposas que vuelan entre los alelíes y jeranios. Soy rudo y no se nada, pero se que nadie en el mundo vale lo que tú.
AMALIA. No quieras distraerme. Hace un momento era dichosa y me he quedado huérfana de repente. Soy una extraña que ha robado á una hija las caricias de sus padres. Eso soy. Lo acabo de oir. Si me quieres de veras, responde pronto. Por caridad. ¿Quienes son mis padres? ó.. ¿soy una inclusera?
TOMÁS. Eso no: allí están sus retratos.
AMALIA. (*Corre hacia el mueble, toma las dos fotografias, las mira y besa alternativamente.*) ¡Madre! ¡Padre mio! Perdonadme si son estos los primeros besos que os he dado. Sé, porque todos me lo han dicho, que eras una santa: tú un militar valiente: me han enseñado á rezaros y quereros, pero también os han robado la ternura que os debia. Me han fingido unos padres y me han acostumbrado á adorarles con toda el alma, para decirme de repente que soy huérfana. ¡Madre mia! Conozco que hay frialdad en mis miradas, pero considera que no se muda de madre en un instante.
TOMÁS. ¡Pues no me hace llorar! Pero si está hablando como un libro de oraciones... Deja esos retratos, (*Se los quita*) y no te aflijas más, No es para eso. Quiere decir que tienes cuatro padres, y si te casas otro más, y como yo también te quiero como un padre, en vez de faltarte, mira si te sobran.
AMALIA. ¿Pero no comprendes que ya estorbo en esta casa?

TOMÁS. Qué cosas dices tan extrañas. ¿Estorbar tu? Es como si dijeras que en el cuerpo estorba el corazón y en una luz la llama.

AMALIA. No ves que era aquí la hija y viene otra y reclama sus derechos

TOMÁS. (*Rascándose la cabeza.*) Pues bien: yo tengo seis mil pesetas ahorradas y en mi pueblo una casita y unas tierras de labor que cuida una hermana mía. Si estorbas aquí, allí serás el ama: yo me pondré al frente de la hacienda, compraré bueyes y volveré á arar como en mi juventud, y he de obligar á esos terrenos á que den todo su jugo para que tengas lo que necesites. Mi hermana y yo seremos tus criados, y todas las primaveras me volveré loco de contento cuando el viento y tus miradas acaricien mis espigas.

AMALIA. (*Estrechándole la mano.*) Gracias, gracias. Se que me quieres como á una hija, pero jamás lo aceptaría.

TOMÁS. Ya vienen. Ya la traen.

AMALIA. Que no conozcan que he llorado. Soy una extraña para ellos. Una extraña.

ESCENA XV

Dichos D.ª PETRA y D. JUAN que llevan de la cintura á Inés, detrás LORENZO que se queda junto á la puerta.

D.ª PETRA. ¡Es ella! Tomás. ¡Es Inés! La hija de mis entrañas.

TOMÁS. Señor... (*A D. Juan, suplicante y señalándole á Amalia.*)

D. JUAN ¡Ah! (*Toma á Amalia de la cintura y la lleva donde está Inés.*) Mírala mucho. Con todo el cariño de tus ojos. ¡Inés! fíjate en esta cara tan hermosa. Y ahora, abrazáos como hermanas.

D.ª PETRA. ¡Oh! ¡Si! Las dos sois hijas nuestras. (*Ambas permanecen inmóviles. Amalia se tapa los ojos llorando é Inés la mira fríamente.*)

D. JUAN. ¿No ois? Amalía ¿estás llorando?

TOMÁS. Lo sabe todo. (*D. Juan y Doña Petra quedan sobrecojidos: Doña Petra se dirige á Amalia y la abraza, ésta corresponde con sollozos.*)

D.ª PETRA. ¿Crées que ha de faltarte mi cariño?

D. JUAN. (*A Inés con severidad.*) Ve á abrazarla que á tí te corresponde.

INÉS. No querrá, con ese traje tan fino, abrazar á una paleta.

AMALIA. ¿Yo? ¿Cuando nada de lo que llevo puesto es mío ya?

D. JUAN. ¿Qué dices? ¿Qué dices? ¡Ea! (*Tomándolas de las manos y obligándolas á abrazarse.*) Así. Todas sois hijas: la una mayor; porque ha estado más tiempo con nosotros: la otra menor, porque acaba de llegar. (*A Petra.*) Tu con Amalia, y yo con Inés. Ahora al contrario. Aquí hay abrazos, abundancia y cariño para todas. Se ha ensanchado la familia y nada más. Se prohíben las lágrimas y sólo se admiten risas y alborozo. Aquí no hay más que una sombra (*Señalando á Lorenzo.*) ¡Ese canalla!

AMALIA. ¡D. Juan!

D. JUAN ¡Papá!

AMALIA. ¡Pues bien, papá! (*Bajito á D. Juan.*) Que ese hombre ha sido para Inés un padre y deben dolerle esas palabras.

D. JUAN. Eres buena. Retiro lo que dije. ¡Tomás! que den á Lorenzo todo lo que pida, y que digan al marqués y á su hijo si quieren acompañarnos á comer. ¡La felicidad abre el apetito! (*Salen Tomás y Lorenzo.*)

ESCENA XVI

D.ª PETRA, D. JUAN, AMALIA, INÉS, El MARQUÉS y D. LUIS por la izquierda

D. JUAN. ¡Oh Luis! No ha podido usted: no has podido ser más oportuno ¿También el marqués?

LUIS. Le he hecho subir, porque se había dormido en el banco del portero.

D. J. y D.ª P. ¡Marqués!

MARQUÉS. No puedo negarlo. El mundo es un dormitorio para mi.

INÉS. ¡Luis!

LUIS. ¿Tú aquí?

D. JUAN. ¿Cómo? ¿Os conocíais? Marqués... Luis... una hija que habia perdido y acabo de recobrar en este instante.

LUIS. ¡Su hija!

INÉS. Si, hemos cazado juntos en la sierra.

LUIS. Buen lío se vá á armar.

MARQUÉS. (*Mirando fijamente á Inés.*) Hermosa criatura. (*A D. Juan.*) ¿Sabe usted que miráudola se me despeja la cabeza? Esta niña me hace el efecto de un despertador.

INÉS. (*A Luis.*) ¿Quién es ese señor?

LUIS. Mi padre.

INÉS. Quiá: si es joven todavía.

D. JUAN. Marqués: le permito abrazar á la que ha de ser su hija.

MARQUÉS. Nada más justo y agradable. (*Al ir á abrazar á Amalia se detiene.*) ¡D.ª Petra! ¡D. Juan! Denme ustedes un golpecito en la espalda si notan que me duermo entre sus brazos. (*D. Juan alza el brazo cómicamente en actitud de dar el golpe, y los dá si la caída del telón lo consintiere.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Trozo de jardín. En el fondo un pabellón donde habitan los señores; tiene puerta en el piso bajo y dos ventanas, y en el piso principal tres. Arboles á la izquierda y una estufa á la derecha con flores; entre la estufa y el pabellón salida al pueblo; en esta parte y en la izquierda disposición para ocultarse. Boca de riego. Sillas rústicas.

ESCENA PRIMERA

INES acaba de valsar con LUIS, ó da las últimas vueltas; DOÑA PETRA mira á la primera con interés. El MARQUES y AMALIA en dos sillas de jardín hablan á un lado. DON JUAN, en traje de casa, riega flores y LORENZO le sirve las regaderas.

INÉS. No puedo más; me ahogan estas ropas.

D.ª PETRA. Has adelantado mucho en poco tiempo.

INÉS. ¡Toma! Y aun valsearía mejor si no me estorbasen estas sayas.

D.ª PETRA. (*Llevándola á un lado y arreglándola el traje.*) Se dice falda y valsar, no valsear.

INÉS. Aquí todo tiene nombre diferente.

LUIS. (*A Amalia*) ¿Quieres dar unas vueltas?

AMALIA. Gracias. Tuve profesor hace ya tiempo, y estoy hablando de muchas cosas con tu padre.

MARQUÉS. ¡Y qué triunfo el suyo! Estoy despierto. Que diga si he dado una sola cabezada.

INÉS. (*A Luis.*) Maestro, la lección de vals me ha reventado.

D.ª PETRA. (*Aparte á Inés.*) Se dice me ha fatigado ó me ha rendido... Bueno es el baile, pero te conviene más el maestro de gramática

INÉS. Entonces voy á hablar con el marqués, que es muy redicho; desde hoy sólo quiero tratarme con

la gente más piripitusa. (*Se acerca al Marqués.*) ¿Se puede?

MARQUÉS. ¿A qué viene usted aquí? ¿A volverme loco? Defiéndeme, Amalia.

AMALIA. No; sería inútil defenderle á usted de Inés. (*Se levanta y dice aparte*) Tendrá usted su recompensa por haber velado tanto; entrando en el pabellón, en el primer cuarto de la izquierda, hay un diván muy fresco donde podría usted echar una siesta.

MARQUÉS Gracias, no lo olvidaré.

AMALIA. (*Retirándose.*) ¡Envidiosa! No me deja hablar con nadie.

(*Inés se sienta en su silla.*)

LUIS. Escúchame.

AMALIA. Ahora que no le hace caso su discípula de baile; ¿no es verdad? (*Hablan con animación.*)

INÉS. (*Al Marqués.*) ¿Se puede saber por qué me tiene usted miedo? ¿Acaso muerdo y araño? (*En voz baja.*) Lo que no me explico es que no se haya usted dormido hablando con Amalia.

MARQUÉS. Sí; he observado que hablando con las muchachas resisto mucho el sueño; los negocios y la voz del hombre son los que me arrullan.

D. JUAN. ¿De qué te ríes, majadero?

LORENZO. Me río de que, si las flores del campo necesitasen tantos cuidados, no habría gentes para servirlas.

D. JUAN. Este es el arte. ¿Has visto nunca en el campo dalias de este color y de este tamaño? Nosotros mejoramos la Naturaleza.

LORENZO. Eso decía un señor que fué al pueblo, para que cultiváramos de otro modo.

D. JUAN. Un ingeniero agrónomo; ¿y qué hicisteis?

LORENZO. ¿Qué habíamos de hacer? Le dimos una tunda.

D. JUAN. No distinguis entre una cabra que pasta y un botánico que herboriza.

INÉS. (*Al Marqués.*) Y yo que creía en el pueblo que un marqués era un hombre distinto de los demás.

MARQUÉS. ¡Ya! Se le figuraba usted envuelto en plata como los cigarros de lujo.

INÉS. Un señorón serio y fastidioso; no un caballero amable y guapo como usted. ¡Lástima que sea usted tan dormilón!

D.ª PETRA. ¿Qué dices, niña?

INÉS. ¡Toma! La verdad.

D.ª PETRA. Dispénsela usted.

MARQUÉS. ¿Que dispense su ingenuidad? Si estoy encantado de haber oído un piropo. Continúe usted, Inés.

D.ª PETRA. Ven á arreglarte.

MARQUÉS. Déjemela usted otro ratito.

INÉS. Si estamos tan bien...

LUIS. *(A Amalia.)* Pero ¿puedes tener celos?

AMALIA. ¿No he de tenerlos, si con el pretexto del baile no te deja? ¿Ves? Ya te está mirando. Baja los ojos ó tronamos.

LUIS. Bien; miraré tus piececitos.

AMALIA. No; mírame á la cara para que lo vea. ¡Eramos antes tan felices! Por supuesto, que en casándonos viviremos solos. Ya no hago falta en esta casa.

D. JUAN. Basta ya de riego.

INÉS. *(Al Marqués.)* ¿Que sueña usted conmigo? ¡Ja! ¡ja!

MARQUÉS. ¡Silencio! Que no lo oiga mi hijo.

INÉS. Pues qué ¿los padres no pueden soñar?

MARQUÉS. Es que yo... no sueño alto.

INÉS. ¡Ya! Quiere usted que hablemos al oído, como si tuviéramos que ocultar algo.

MARQUÉS. ¡Ojalá!

INÉS. Y cuando sueña usted ¿delira usted mucho?

MARQUÉS. ¡Muchísimo!

INÉS. ¿Sabe usted lo que le digo? Que con ese hablar tan suave y esa cara tan indiferente y tan dormidita, es usted un trucha.

D. JUAN. ¡Niña!

D.ª PETRA. Ven aquí; ven á arreglarte el pelo, que se descompuso con el baile.

D. JUAN. *(Al Marqués.)* Perdón; dice lo que aprendió en la aldea.

MARQUÉS. Me divierte mucho, y es muy lista.

D. JUAN. Pero es un talento... cerril.

D.ª PETRA. *(Llevándola aparte.)* Siéntate y no seas loca. Este es un pretexto para advertirte que á los hombres no se les dicen esas cosas. *(La arregla el pelo.)* Observa y aprende.

INÉS. *(Aparte.)* Observo y veo... ¡Qué juntitos están! *(Se mueve rápidamente y recibe un tirón de pelo.)* ¡Madre, canastos!

AMALIA. ¡Pero Inés!...

D.ª PETRA. ¿Qué has dicho?

INÉS. ¡Ay! Es verdad. Quise decir... ¡Mamá, canastos!

D. JUAN. Mamá está bien dicho, pero no la otra palabra.

INÉS. Bueno; otra vez diré ¡mamá, canastillitos!

D. JUAN. *(Aparte á doña Petra.)* La verdad es que nuestra hija tiene gracia.

D.ª PETRA. *(A D. Juan.)* Amalia es más modosa, pero ésta tiene más arranque.

D. JUAN. Pero el marqués empieza á dormirse. Amalia, tú al piano. Marqués, ¿qué ópera prefiere usted? De Bellini ha de ser.

MARQUÉS. ¿Yo? ¿yo? (*Bostezando.*) Pues que canten la *Sonámbula.*

INÉS. (*Levantándose.*) La música á la noche. Ahora es más divertido coger fruta de los árboles; yo treparé al más alto y sacudiré las ramas.

MARQUÉS. (*Levantándose de repente.*) ¡Sí, vamos! Yo recogeré la fruta en el sombrero.

D.ª PETRA. ¿Estás en tu juicio? ¿Dónde has visto una señorita trepando por los troncos?

INÉS. Pues ¿no querían ustedes despertar al marqués? Miren qué pronto abrió los ojos.

D. JUAN. (*Aparte al Marqués.*) Confiese usted que le ha embromado la paleta.

MARQUÉS. Es una criatura original y picaresca. Pero ¿á mí qué? Y hermosa.. ¿A mí qué?... ¿á mí qué?

D.ª PETRA. Nosotras á sentarnos á la puerta de la calle, donde ya estarán las vecinas; los hombres en libertad.

D. JUAN. Sí, en libertad; les enseñaré la huerta y luego daremos un paseo; voy á quitarme el chaquetón.

INÉS. Muy bien; nosotras á ver la gente que pasa; ustedes á la huerta á ver el espantajo.

LUIS. No quiero ver visiones.

MARQUÉS. Ni yo

D. JUAN. Alto ahí; no hay que despreciar ese muñeco que guarda la fruta de mis árboles.

LUIS. Porque los pájaros son tontos.

D. JUAN. ¿Los pájaros nada más? Cuando somos niños ¿no nos espantan con el coco? Es el espantajo de la niñez. ¿No vemos por las noches una calle protegida por un hombre dormido, que tiene á su lado un chuzo y un farol? Aquel sereno es el espantajo de la calle. ¿No tiemblan los gobiernos ante unos oradores silenciosos que amenazan con hablar? Pues son los espantajos de la Cámara. Tiene espantajos la ley, la crítica, la ciencia y la moral. Cada época tiene los suyos. El espantajo es una institución y no habría sociedad sin espantajo. (*Entran en el pabellón.*)

ESCENA II

Dichos menos DON JUAN; TOMAS por la izquierda.

D.ª PETRA. (*A Inés.*) Niña, vamos.

TOMÁS. (*Aparte.*) Todos los mimos á la nueva y no hacen caso de la otra.

MARQUÉS. (*Aparte.*) Lo que es yo no le espero. En quedando solos me escurro en busca del diván.

AMALIA. (*Aparte á Luis*) Espérame aquí dentro de un rato.

TOMÁS. (*A Amalia.*) La sombrilla, que hace sol aún.

INÉS. (*A Tomás.*) ¿Y la mía?

TOMÁS. No sé; Lorenzo lo sabrá. .

INÉS. (*Con imperio.*) Está allí.

TOMÁS. (*Llevándosela y aparte.*) ¡Si supieras de qué gana te sirvo.

INÉS. (*Aparte á Luis*) Espérame aquí dentro de un rato.

D.ª PETRA. (*Separándose de sus hijas, se acerca á Luis, que la mira con sorpresa, y le dice bajo.*) No dejen ustedes dormir al marqués; le conviene pasear.

LUIS. Me tranquilizo. Creí que también mi suegra me iba á citar en este sitio.

(*Tomás entra en el pabellón; Lorenzo sale detrás de las señoras.*)

ESCENA III

El MARQUES va á entrar en el pabellón y le detiene LUIS.

LUIS. Papá ¿á dónde va usted?

MARQUÉS. A descansar en ese cuarto antes que llegue don Juan.

LUIS. Es que... estoy en un terrible compromiso.

MARQUÉS. Ya me lo contarás cuando despierte. Ahora me dormiría oyéndote.

LUIS. Luego será tarde. Amalia é Inés me han citado las dos en este sitio. Es un gran apuro.

MARQUÉS. Sí lo es. Adiós.

LUIS. ¿Qué me aconseja usted?

MARQUÉS. Voy á meditarlo.

LUIS. Lo he meditado ya.

MARQUÉS. Entonces ¿por qué me cortas el sueño?

LUIS. Porque usted solo puede salvarme, estando á la mira para interrumpir las entrevistas.

MARQUÉS. Sólo á un loco enamorado se le puede ocurrir la idea de que yo le sirva de vigía.

LUIS. Amalia está celosa de Inés; Inés irritada con Amalia. Esta es mi prometida y la que quiero; con aquélla no tengo sino requiebros atrasados, pero

se hace dueña de esta casa y puede perjudicarme. Papá mío... usted es joven y guapo...

MARQUÉS. No me sobornas...

LUIS. Inés misma me lo ha dicho. Papá del alma, ¿quiere usted entretenerla haciéndola el amor?

MARQUÉS. ¿Has visto á nadie hacer el amor roncando? ¿Quieres que, como dice Campoamor,

ponga un bostezo de á cuarta
entre un paloma y un mía?...

LUIS. Inés es linda...

MARQUÉS. Y joven y picante, y además me gusta. ¿Por quién me has tomado, criatura? ¿Crees que si estuviera en disposición de hacer el amor, necesitarías advertírmelo? Don Juan sale. ¡Me has perdido! ¡Parricida!

ESCENA IV

Dichos y D. JUAN, saliendo por el pabellón.

D. JUAN. ¿He tardado? Vamos á la huerta.

MARQUÉS. Una pregunta: ¿no dijo usted que estábamos en completa libertad?

D JUAN. Y lo repito; por eso me tomo la libertad de llevarle á usted conmigo; no es bueno dormir después de la comida

MARQUÉS. Pues el cuerpo me lo pide.

D. JUAN. El cuerpo abusa, y si se le acostumbra mal pide gollerías. Luis, da el brazo á tu padre; yo le sujetaré por este otro (*Lo hacen.*)

MARQUÉS. Pero ¿qué libertad es esta?

D. JUAN. Esta es la libertad bien entendida.

LUIS. (*Aparte.*) Les daré esquinazo.

MARQUÉS. (*Aparte.*) ¡Sayón! Me escaparé. Me están dando una tarde toledana.

(*Salen por la izquierda.*)

ESCENA V

TOMAS por dentro del pabellón, en la ventana baja de la derecha. LORENZO, que ha salido por la derecha, se asoma por fuera á la misma ventana y se encuentra con Tomás.

TOMÁS. ¿Qué estás fisgoneando, que echas unas miradas á los muebles, como si quisieras embargarlos con la vista? ¡Vete á escardar cebollinos á la huerta, que es tu oficio! Este es el pabellón de los amos. ¿No tienes tu cuarto allá dentro, encima de la cuadra, como si fueras un hombre honrado?

LORENZO. Cuidadito con la lengua. No te des tono porque estás en una sala.

TOMÁS. ¿Crees que me escondo? Espera. (*Cierra la ventana y sale fuera.*)

LORENZO. Ese hombre y yo vamos á concluir á garrotazos.

TOMÁS. Ya no hay salones, ni nada. ¿Quieres algo?

LORENZO. Quiero lo que quiero; que yo soy quien soy y tú eres quien eres, y en fin, lo dicho, dicho.

TOMÁS. No te comprometerás con esas claridades. Pues oye: desde que entrasteis en la casa esto es un infierno de enredos y de envídias Eres un espía que vas á tu negocio; la señorita Inés no tiene mal fondo, pero tú la trastornas la cabeza con tus chismes. Pero como por tu causa la señorita Amalia sufra algún disgusto, he de molerte los huesos con mi vara de acebuche.

LORENZO. ¿Es eso todo? Acabáramos; no hay motivo de reñir. Estás incómodo, pero los hombres se explican bebiendo. ¿Quieres que echemos unas copas?

TOMÁS. Comprendo tu intención, pero yo no soy borracho. Conque... no olvides mi promesa. (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA VI

INES y LORENZO

INÉS. ¡Ah! No es él. ¿Estabas solo aquí?

LORENZO. No; hablaba de tí con Tomás.

INÉS. ¿De mí?

LORENZO. Sino que como te veo en ese traje, me da vergüenza hablarte ya de tú. Vamos, no tengo tanta satisfaición como cuando saltabas por el campo con tu zagalejo de bayeta. Y como uno es probe y tú eres rica...

INÉS. ¿Me crees orgullosa?

LORENZO. No; pero ayer me llamabas padre, hoy me llamas Lorenzo y mañana dirás «si te he visto no me acuerdo».

INÉS. (*Tomándole la mano.*) Toda mi vida te he llamado padre creyendo que lo eras; conténtate con que te quiera y nunca te abandone, pero yo sólo puedo llamar padre al que lo sea de verdad.

LORENZO. Si no digo nada desde el momento en que prometes no dejarme nunca. Tú aquí has de ser el ama. En el pueblo, acuérdate bien, todo lo mío era... como si fuera tuyo. Y no digo más, que no has de ser desagradecía.

INÉS. No lo seré; pero ahora déjame sola.

LORENZO. Es que... tengo muchas cosas que contarte de la otra.

INÉS. (*Con impaciencia.*) Estoy deprisa y tardas mucho en explicarte.

LORENZO. Es que tu padre da á Amalia tres millones de los tuyos para que se case con D. Luis. ¿Entiendes? De los tuyos. ¿Sabes lo que son tres millones? Pues debe ser una carretada de dinero. Sí; se los dan para que se case con ese don Luis, que viene hacia nosotros.

INÉS. ¿Viene? Es verdad. Déjame sola.

LORENZO. Pero...

INÉS. ¡Vete! ¡vete! (*Empujándole.*)

ESCENA VII

INES y LUIS, que entra por la izquierda.

LUIS. Aquí está; me lo temía.

INÉS. Creo que no he tardado. Dije que venía por mi abanico, mientras se hacían con las vecinas cumplidos y pamemas.

LUIS. ¡Qué dirían si nos viesen solos!

INÉS. ¿No eres mi maestro de baile? Pues nos pondríamos á valsar.

LUIS. ¿Olvidas que eres una señorita?

INÉS. Lo que te digo es que estoy cansada de aguantar. Vengo á que concluyas con Amalia, ó armo un escándalo que nos han de oir los sordos. Si creías burlarte de mí cuando me requebrabas en el pueblo porque era una lugareña, ya soy señorita como dices. Conque elige: ó te casas conmigo ó no se casa nadie. Ya se me ha concluído la paciencia.

LUIS. Pero ¿te dí palabra de casamiento?

INÉS. ¿De modo que al requebrarme sólo en la aldea querías engañarme? ¡Atrévete á decirlo!

LUIS. ¡Ten calma, por Dios. (*Aparte.*) Ya creo que viene la otra. (*Alto.*) ¡Escóndete! ¡escóndete!

INÉS. ¿Quién es?

LUIS. ¡Tu padre, tu madre, todo el mundo! (*Inés se esconde por la izquierda.*) ¿Qué va á pasar aquí?

ESCENA VIII

Dichos y AMALIA por la derecha.

LUIS. (*Deteniéndola y haciéndola ocultarse.*) ¡No salgas! ¡no salgas!

AMALIA. ¿Qué ocurre?

LUIS. Que está tu padre con el mío en aquel lado. Espera aquí escondida. (*Vuelve deprisa á donde está Inés.*) Retírate por ahí.

INÉS. He venido á hablar contigo y no me vuelvo. Aguardaré aquí.

LUIS. Esta será más razonable. (*Yendo á donde está Amalia.*) Es imposible hablar ahora; iré á buscarte.

AMALIA. No te dejo, que Inés está por aquí y no quiero que te vea.

LUIS. (*Vuelve á donde está Inés.*) ¡No te asomes! ¡No te asomes!

INÉS. ¿Y qué me importa que me vean? No tengo necesidad de taparme por nada ni por nadie. (*Sale.*)

AMALIA. ¡Ah! (*Sale; á Luis.*) ¿Por eso querías alejarme?

LUIS. ¡Abrete, tierra!

INÉS. ¿Y me hiciste esconder por esa presumida?

AMALIA. ¿Qué has dicho?

INÉS. ¿Tampoco se puede usar esa palabra? Lo siento porque no estoy para finuras y pamplinas, y quiero hablar muy claro.

LUIS. ¡Inés! ¡Amalia!

AMALIA. Habla si te atreves. Nada tengo que ocultar.

INÉS. Ni yo.

AMALIA. ¿No estabas aquí sola con Luis?

INÉS. ¿Y crees que soy una de esas señoritas éticas que se asustan de los hombres y no se pueden quedar á solas con uno sin que se las coma? Además, he venido á buscarle.

AMALIA. ¿Oyes lo que dice? Retírate, Luis.

LUIS. Será lo mejor. (*Se dispone á salir.*)

INÉS. ¡Quieto! (*Deteniéndole.*)

AMALIA. ¡Vete!

INÉS. No; de aquí no sale hasta que se decida entre las dos.

AMALIA. Esto es innoble. Yo no disputo por un hombre; guárdale, te le regalo.

INÉS. Y yo te le devuelvo; no tomo los desperdicios de nadie.

LUIS. ¿Desperdicios yo?

AMALIA. Tu acción no tiene nombre; cuando viniste á esta casa Luis era mi prometido.

INÉS. Cuando vine á esta casa este caballero me había hecho el amor y me había dado un abrazo en las eras de mi pueblo.

AMALIA. ¡Dios mío! ¡Un abrazo!

LUIS. Un abrazo inofensivo; como cuando se baila una polka.

INÉS. Sino que yo soy muy honrada. ¿Entiendes?

LUIS. ¡Mi padre! Me he salvado.

ESCENA IX

Dichos y el MARQUES por la derecha.

LUIS. (*Corriendo hacia el Marqués*) ¡Oh, perdón, perdón! Había olvidado el encargo de usted. (*Bajo á su padre y disimulando, dándole un cigarro.*) ¡Echeme usted de aquí al instante!

MARQUÉS. (*Bajo á Luis.*) Pero el cigarro es un narcótico. (*Enciende.*)

LUIS. Encienda usted, que yo también estoy entre dos fuegos. No me deje usted con ellas.

MARQUÉS. Dispensen ustedes á Luis, pero es indispensable que haga un encargo que no puede retardarse.

AMALIA. Por mí...

INÉS. Sí; no nos hace falta para nada.

LUIS. (*Saludando y retirándose.*) Hasta... muy pronto. (*Vase por la izquierda.*)

MARQUÉS. Gracias á Dios que puedo reposar. Si preguntase por mí don Juan, les ruego que no le digan dónde me he ocultado. (*Se dirige hacia el pabellón.*)

ESCENA X

AMALIA, INES y el MARQUES

AMALIA. ¡Marqués!

INÉS. ¡Vecino!

MARQUÉS. (*Volviendo.*) ¿A que no duermo mi siesta? Señoritas... (*Dirigiéndose á ellas alternativamente.*)

AMALIA. ¡Nada!

INÉS ¡Nada!

MARQUÉS. Creía... (*Saluda retirándose.*)

AMALIA. Espere usted. Su hijo de usted no es bien caballero

INÉS. Su hijo de usted es un gitano.

AMALIA. Es un burlador.

INÉS. Es un granuja

MARQUÉS. (*Después de una pausa.*) Creo que ustedes le favorecen demasiado. (*Saludando con amabilidad.*)

¿No tienen otra cosa que decirme? Buenas tardes. (*Entra en el pabellón.*)

ESCENA XI

AMALIA é INES

AMALIA. ¿Por qué te he conocido? ¡Eramos tan felices!...

INÉS. ¡Ah! ¿Quisieras estar sola y á tus anchas?

AMALIA. No he dicho eso.

INÉS. Echame de tu casa.

AMALIA. No tengo casa, ni padres, ni nada; hasta la educación que me han dado la deberías tener tú.

INÉS. Eso es decirme, con educación, que no la tengo. Mejor; así podréis hablar sin remilgos. Lo que llamáis educación es sonreir cuando se rabia por dentro y arañar haciendo cortesías. Eso no sé hacerlo, pero sé ponerme en jarras y decir á una persona empalagosa: «Amalia, eres muy suave, muy bien criada y muy melosa, pero tus dengues me revientan».

AMALIA. Pues yo, cuando se me ponen en jarras, me tapo los oídos y me marcho, para no oir lo que se dice en postura semejante. (*Se diririge hacia la izquierda para salir.*)

INÉS. Oiga vuestra majestad... escuche, reina maga..

ESCENA XII

Dichas y DON JUAN que detiene á AMALIA.

D. JUAN. ¿Reina maga? Es como si te llamase Gaspara, Melchora ó Baltasara.

INÉS. No, padre.

D. JUAN. No, papá.

INÉS. Bien, papá; siempre se me atraganta esa palabra. He querido llamarla vanidosa.

AMALIA. Y no he sabido contestar, porque ustedes no me han enseñado insultos ni insolencias.

D. JUAN. Dice bien, Inés. Y debes aprender en Amalia y procurar imitarla.

INÉS. ¿Imitar á esa presumida?

AMALIA. ¿Permite usted que me retire?

D. JUAN. No, quédate. *(A Inés.)* Imitarla y tomarla por modelo.

INÉS. *(Irritada.)* Bueno: la imitaré cuando me case haciendo que me doten con los millones de otra.

D. JUAN. *(Indignado.)* ¿Qué dices?

AMALIA. *(Con vehemencia.)* ¿Crees que los he pedido, ni los admito siendo tuyos, ni me caso?

D. JUAN. Inés, eso que acabas de hacer, es una mala acción. *(A Amalia, acariciándola.)* Tú, tranquilízate y perdónala. ¿Sus millones? Aquí no hay más millones que los míos. Yo he creado esa riqueza con mi entendimiento y mi trabajo; á un soplo mío puede deshacerse, y mientras tenga un álito de vida soy el dueño. Si eres codiciosa, tranquilízate; tengo de sobra aún con qué saciarte. Cuando doté á mi hija adoptiva no existías para mí: era una obligación de mi conciencia y un desahogo de mi alma. Esa donación es irrevocable y Amalia es incapaz de avergonzarme rechazándola. Si tú eres hija de mi sangre, ella es hija de mi espíritu, que he infundido en el suyo en veinte años de intimidad y cariño. Es una hermana que te he elegido yo mismo. ¡La has injuriado y atropellado!... Pídela perdón.

AMALIA. Yo la perdono.

INÉS. *(Sobrecogida y pesarosa, pero resistiéndose á demostrarlo.)* Habré hecho mal... pero vamos, no quisiera rebajarme. . Le pediré perdón á usted.

D. JUAN. ¡A ella!

INÉS. *(Vacila, pero mira á Amalia y dice)*: ¡No!

D. JUAN. Obedece y no me exasperes.

INÉS. ¿Pero no ve usted cómo la relucen los ojos de alegría? No, no puedo.

D. JUAN. Quítate de mi vista y enciérrate en tu cuarto, *(Amalia hace un gesto suplicante, pero D. Juan la contiene.)*

INÉS. Eso es .. *(Retirándose de mala gana.)* Y sin paseo. Por unas palabritas . (A *Amalia con rabia.*) ¡Por tí me han castigado! ¡Fea! *(Entra en el pabellón.)*

AMALIA. *(Con indignación y llorando.)* ¿No oye usted? ¿No oye usted? ¡Me ha llamado fea!

ESCENA XIII

Dichos y Doña PETRA por la derecha.

D. JUAN. (*Sonriendo.*) ¿Fea tú? Ve á mirarte al espejo.
D.ª PETRA. ¿Qué sucede? ¿Por qué llora esta niña?
D. JUAN. Acabo de castigar á Inés por haber injuriado á su hermana.
D.ª PETRA (*A Amalia.*) Algo la harías tú.
INÉS. (*Asomándose á la puerta.*) Sí, señora; me dijo que no tenía educación.
D. JUAN. Retírate al instante. (*Inés desaparece.*)
D.ª PETRA. No le encuentro justo. Si esta que sabe más ha faltado, ¿qué había de hacer esa pobre chica?
D. JUAN. Aun he sido benévolo.
D.ª PETRA. A veces te apasionas, has debido castigar á las dos.
D. JUAN. No estás enterada.
D.ª PETRA. Sé lo bastante: que han reñido y has dado á Amalia la razón.
D. JUAN. ¡Ah! ¿Quieres que la encierre?
D.ª PETRA. La igualdad me parece necesaria.
D. JUAN. (*Irritado*). ¿Te parece? Pues bien, Amalia, haz el favor de ir á tu cuarto. (*La lleva al pabellón y cierra la puerta.*) Ahora cierro con llave, y ahora tiro la llave no sé adonde... (*La tira hacia afuera.*)
D.ª PETRA. ¿A qué viene eso?
D. JUAN. Tiro la llave por no encerrarte á ti también.

ESCENA XIV.

Doña PETRA y D. JUAN, diálogo muy vivo.

D.ª PETRA. ¿Porque quiero á mi hija? ¿No te parece bastante castigo para ella una separación de veinte años?
D. JUAN. ¿Y quieres que esa separación continúe, no educándola? La diferencia de gustos y de ideas es lo que más separa á las personas.
D.ª PETRA. No, las injusticias; prefieres á la otra y no estimas á la nuestra.
D. JUAN. Lo que dices me ofendería si estuvieras en tu jui-

cio; pero no lo estás, porque vosotras no sentís afectos, sino que padecéis fiebres y locuras.

D.ª PETRA. ¿Conque no hemos de resarcir á nuestra hija del cariño que no ha disfrutado, y al llamar á nuestras puertas hemos de decirla «perdona, por Dios, que tu puesto está ocupado?»

D. JUAN. ¿Y hemos de decir á la niña, á quien hicimos creer que era hija nuestra, «fuera de aquí, que nuestro cariño era una burla?»

D.ª PETRA. Estas dudas as resuelve el corazón.

D. JUAN. No, la conciencia.

D.ª PETRA. ¿La conciencia? Es una prójima que vive en paz con muchísimos bribones.

D. JUAN. Pues se acabó: la resuelve la autoridad.

D.ª PETRA. Hoy anda la autoridad muy por los suelos.

D. JUAN. (*Colérico*) ¡Petra!

D.ª PETRA. ¡Juan!

D. JUAN. (*Exasperado y amenazador.*) Las resuelve aquí el que manda. ¡Yo! ¿Entiendes, Petra? ¡No hagas que la sangre se suba á mi cabeza y pierda la rezón! (*Se pasea agitado.*)

D.ª PETRA. (*Se sienta sollozando.*) Nunca me has hablado de ese modo en tantos años de casados. (*Doña Petra mira alarmada á su marido; se levanta y se dirige á él y le dice con tono suplicante y humilde.*) ¡Juan!

D. JUAN. *Se detiene, la mira un momento y dice con ternura:*) Comprendo... ¿No es verdad? Quieres humillarte y no debo consentirlo; (*La toma por la cintura.*) la dignidad del marido no consiste en humillar á su esposa, sino en tener la razón. Perdona, Petra, aunque no es necesario. Estas ráfagas de cólera yo me las explico: el demonio de la ira pone sus garras en las sienes y su contacto las inflama. Después vuela el demonio y queda el hombre.

D.ª PETRA. Yo te he irritado.

D. JUAN. Calla, calla. ¿Habías de ahogar tus sentimientos delante de tu marido? Dame el brazo y paseemos muy unidos, como hemos vivido siempre.

D.ª PETRA. Por ahí no, están los vecinos: mucha gente.

D. JUAN. Por ahí. Gracias á Dios, la ira no me ha embrutecido hasta maltratarte; entonces sí que evitaría las miradas; salgamos con la frente muy alta, por donde nos vea todo el mundo.

ESCENA XV

LORENZO que sale con sigilo.

LORENZO. (*Santiguándose.*) La señora tiene razón; pero creí que el señor la daba una paliza. Da gusto ver cómo riñe el señorio. Si parece que riñen en sermón y le dan á uno ganas de ponerse de rodillas. No reñíamos así mi Blasa y yo: ella gruñe que gruñe, y yo calla que calla; ella pincha que pincha, y yo aguanta que aguanta, hasta que venía el garrotazo, y ella chilla que chilla y yo sacude que sacude.

ESCENA XVI

LORENZO, INÉS en la ventana alta de la derecha, AMALIA en la alta de la izquierda y luego TOMAS

INÉS. ¡Lorenzo! ¿Qué se quema por ahí?

LORENZO. Pues es verdad, (*Olfateando por la izquierda.*) Por aquí no es... Deben ser rastrojos. (*Se acerca al pabellón y mira por una ventana baja.*) ¡Es aquí! ¡Es aquí!

AMALIA. ¡Tomás! ¡Tomás! ¡Que está llena de humo la esca era!

LORENZO. Y el salón y la puerta y todo está cerrado.

INÉS. Pero ¿quieren abrasarnos?

AMALIA ¡Virgen de la Soledad!

LORENZO. No temas, aquí hay una escalera. (*Sale corriendo por la izquierda.*)

TOMÁS. ¿Qué sucede, señorita, qué sucede?

INÉS. Que hay fuego en el piso bajo y no podemos salir.

TOMÁS. (*Gritando.*) ¡Socorro! ¡Fuego! ¡La manga de riego! ¡Piquetas y escaleras! (*Se oyen chillidos de mujeres, voces y carreras.*)

AMA. é INÉS. ¡Socorro!

LORENZO. (*Sale con la escalera: á Tomás.*) Tú, rompe la puerta.

TOMÁS. No: el aire levantaría llama en un instante. (*Toma la esca era*)

LORENZO. (*Tirando de ella.*) Cuando haya salvado á Inés.

TOMÁS. Primero ha de salir Amalia.

AMALIA. Suelta ó te doy...

TOMÁS. Suelta, bárbaro, ó te ahogo...

INÉS Y AM.ª ¡Fuego!

ESCENA XVII

Dichos: DOÑA PETRA y DON JUAN muy agitados: Vecinos y criados.

D.ª PETRA. ¿Dónde?

INÉS Y AM.ª ¡Aquí! ¡aquí!

D. JUAN. ¡Y yo las encerré! ¿Por qué reñís en vez de prestar auxilio?

D.ª PETRA. ¡Hijas mías!

LORENZO. Quiero salvar primero á la señorita Amalia á la fuerza.

D. JUAN. (*Toma la escalera.*) ¡Silencio! Venga aquí. (*Vacila.*)

D.ª PETRA. (*Bajo.*) ¡Juan! ¿Qué vas á hacer?

D. JUAN. ¡No sé, Dios mío!

AMALIA. ¡Yo me muero!

INÉS. ¡Padre! ¡Madre!

D.ª PETRA. ¿Oyes lo que dice nuestra hija?

D. JUAN. (*Se decide y coloca la escalera bajo la ventana de Inés.*) ¡Amalia! Espera unos instantes.

AMALIA. (*Llorando.*) ¡Ah! ¡No me quieren!

D. JUAN. (*A Lorenzo.*) ¡Sálvala! (*A Amalia.*) Ahora tú, arrójate sin miedo sobre mí. Que yo te recojeré y te salvaré, hija mía.. (*Lorenzo vá á trepar por la escalera y ésta se deshace.*)

D.ª PETRA. (*Da un grito.*) Virgen mía: si las salvas te prometo una novena. (*Voces· confusión.*)

ESCENA ULTIMA

Dichos: el MARQUÉS en la ventana izquierda del piso bajo luego el LACAYO, después LUIS

MARQUÉS. ¡Señores! Tranquilizarse: que no es nada. Me había dormido con un cigarro en la boca, se incendió el diván y he estado á punto de abrasarme. Arrojé á la calle lo quemado y solo queda un poco de humo en la escalera. Ha sido una fumigación y nada más

D. JUAN. ¿Y nada más? ¿Y el susto que hemos recibido? ¿Y el peligro que corrieron mis hijas, y la alarma y el escándalo del pueblo por ese sueño maldito que le hace á usted parecer una marmota? ¿Conque no es nada?

LACAYO. Señor. Ya está aquí la manga de riego. (*La coloca*)

D. JUAN. Pues, dispárala sobre el marqués por si no está despierto todavía. ¿No te atreves? Yo lo haré. (*La toma y apunta al marqués que vuelve las espaldas para huir.*) ¡Ah! Vuelves la cabeza. ¡Traidor! Pues te fusilo por la espalda.

LUIS. *Entrando por la derecha.*) ¿Qué sucede? ¿A quién fusilan?

D. JUAN. (*Disparando la manga.*) A tu padre y á todo el que se me ponga vor delante. (*Vocea el marqués, ríen las gentes y toca á fuego una campana.*

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Huerta: un árbol en el fondo con un muñeco que sirve de espantajo y viste traje de baño y botas altas. Un estanque: árboles à derecha é izquierda. Una banca y una pala larga junto al estanque.

E SCENA PRIMERA

AMALIA que mira al agua distraída sin reparar en LORENZO: éste intenta hablar dos veces y tiene que renunciar á ello por la distracción de AMALIA.

LORENZO. (*Decidiéndose.*) ¡Señorita! ¿Puede usted oir unas palabras?

AMALIA. ¿Eh? Si... (*Vuelve á distraerse*)

LORENZO. Pues, trataba de decirla, que cada cual con su cada cual. Inés se ha criado conmigo y usted se ha criado con Tomás. Y si Tomás se cayera al rio usted tiraría la cuerda á Tomás y dejaría que yo me fuese á fondo. Y usted dispense lo de marras, señorita. Tenía ganas de decirselo, pero como ha estado usted en cama tantos días, hasta ahora no he podido hablarla.

AMALIA. Está bien.. Es natural.

LORENZO. ¿Verdá que si? Hace usted bien en mirar tanto al agua: el agua cura la *menanconía*, pero ha de ser agua corriente. Dispense usted si me marcho, porque viene Tomás, y él es uno y yo soy otro. (*Sale por la derecha.*)

ESCENA II

AMALIA y TOMAS por la izquierda

TOMÁS. Acaban de llegar el marqués... y el señorito Luis. ¿Quieres verle?

AMALIA. No.

TOMÁS. Es que desea hablarte.

AMALIA. Es inútil.

TOMÁS. Pero, si no te ha visto en tantos días y es tu prometido.

AMALIA. Lo fué.

TOMÁS. No se lo que noto en tí que me dá pena.

AMALIA. Toda enfermedad deja tristeza.

TOMÁS. No es eso, no. Pero, es preciso darse á la razón. Yo no te he engañado nunca, y te juro que he visto á todos afligidos mientras has estado enferma El señorito Luis preguntaba por tí tres veces al dia: la señorita Inés, que no es zalamera, te ha velado todas las noches, y el marqués no ha salido de tu casa.

AMALIA. Pues bien: eso es lo que tengo: deberes de gratitud que no puedo pagar.

TOMÁS. Vamos ¿que le digo al señorito?

AMALIA. Que no.

TOMÁS. Esto no me gusta. Repito que la señorita Inés..

AMALIA. Lo sé: lo sé: me ha asistido bien.

TOMÁS. Durante el peligro la vi llorar y no dejó tu alcob sino para dar noticias tuyas al marqués.

AMALIA. ¿Al marqués? (*Pensativa.*) Si: Inés es brusca. pero buena. Se lo pagaré, pero no me lo repitas

TOMÁS. Siento que no me hagas el favor de hablar u momento con tu novio: me he despedido y t enfermedad no me detiene ya: no quisiera dej esta casa sin saber seguramente que sales de el tú también.

AMALIA. Saldré. Pero no me dejes hoy... Te lo ruego. ¿M lo prometes?

TOMÁS. No sé negarte nada.

AMALIA. Dame la mano y apriétamela mucho.

TOMÁS. Pero niña, no parece sino que por despedirn ahora...

AMALIA. Ahora... voy á escribir unas cartas y besar el r trato de mis padres. (*Sale por la derecha y vuelve.*) ¡Tomás, adiós!

TOMÁS. No la entiendo; pero esto no me gusta.

ESCENA III

TOMAS, Doña PETRA, D. JUAN, el MARQUÉS muy remozado y risueño y LUIS por la izquierda.

D. JUAN. ¡Tomás! Las carabinas.

TOMÁS. Está bien.

D.ª PETRA. Si tratan ustedes de que hoy también les sirva de blanco el espantajo, me opongo. Tanto le acribillaron ustedes á balazos ayer tarde, que mi pobre hija Inés, compadecida, le ha puesto un traje nuevo y limpio.

MARQUÉS. Es verdad. Traje de baño y botas altas. Es un figurín de huerta. (*Todos rien.*)

D. JUAN. Me enorgullezco del efecto que produce, porque ese traje ha sido mío, aunque le he usado sin botas.

MARQUÉS. Respetemos la obra de Inés.

D. JUAN. (*A Tomás*) No saques las armas.

LUIS. (*A Tomás*) ¿Qué dijo la señorita Amalia?

TOMÁS. ¿Qué dijo? No pude hablarla aún. La verdad, continúa enfadada con usted. (*Luis hace signos de contrariedad.*)

D. JUAN. (*Al Marqués.*) No puedo mirarle á usted sin regocijo. ¿Quién me hubiera dicho, cuando disparé aquel chorro de agua fría, que hacía una curación tan importante?

MARQUÉS. Como que yo salí furioso y con ánimo, la verdad, de darle á usted una estocada, no de muerte, porque al fin íbamos a ser consuegros, sino un rasguño en la piel...

D. JUAN. Comprendo: un pinchazo de familia.

MARQUÉS. —¿Una estocada?—me dijo el médico á quien avisé, rival del que antes me asistía.—En vez de una estocada, debe usted darle las gracias. Si continúa usted con el otro colega, se divierte. D. Juan ha acertado el tratamiento que le conviene á usted; no hay sino proseguirle.—¿De modo,—repliqué—que en vez de una satisfacción debo pedir á don Juan otro chorro de agua helada?—No hay necesidad—contestó;—en mi clínica hidroterápica tengo duchas de todos los sistemas.—Y desde entonces tomo tres al día.

D.ª PETRA. ¡Qué! Si está desconocido. Se ha hecho madrugador.

LUIS. Y trasnochador.

MARQUÉS. Si apenas duermo.

D. JUAN. La verdad es que no se puede usted quejar de tener sueño atrasado.

MARQUÉS. Pero ¿y esas niñas? ¿En dónde están la niñas?

D.ª PETRA. No sé; á Inés se le ha antojado... ¿No dira usted qué? Lavar ropa en ese estanque.

MARQUÉS. ¿De veras? Es una muchacha extraordinaria. Linda, graciosa, buena enfermera y aficionada á lavar ropa... ¡Ea! D. Juan, le propongo un asalto de florete y un paseo de dos leguas.

D. JUAN. Les dejamos á ustedes libres. Antes me costaba trabajo remolcarle á usted; ahora confieso que no puedo seguirle. Busquen ustedes á las niñas... (*A Petra.*) Dejémosles que hablen...

D.ª PETRA. (*A D. Juan.*) Aquí ocurre algo inexplicable...

D. JUAN. Pues no trates de arreglar lo que no entiendes.

D.ª PETRA. Yo sospecho. . te lo diré por el camino. (*Salen por la derecha.*)

ESCENA IV

El MARQUÉS y LUIS.

MARQUÉS. (*Observa cómo se alejan doña Petra y D. Juan y se dirige rápidamente á su hijo.*) Vas á hablarme con entera confianza, á decirme toda la verdad. ¿Entiendes? ¿Qué hubo entre Inés y tú cuando la conociste en el pueblo?

LUIS. Bromas y requiebros.

MARQUÉS. ¿Y qué más?

LUIS. La di un abrazo en las eras una tarde.

MARQUÉS. ¿Y que hizo ella?

LUIS. Devolverme un bofetón.

MARQUÉS. Y tú ¿qué hiciste?

LUIS. Rodar sobre un montón de trigo. Me parece que se alegra usted, papá.

MARQUÉS ¿Insististe en requebrarla?

LUIS. A distancia respetuosa.

MARQUÉS. ¿Y eras el único?

LUIS. No; todos los cazadores la hacíamos el oso.

MARQUÉS. ¿Hizo distinción con alguno?

LUIS. No; repartió equitativamente entre todos su sonrisas y sus bofetones.

MARQUÉS. ¿La crees virtuosa?

LUIS De una virtud montaraz.

MARQUÉS. ¿Cómo explicas su conducta contigo?

LUIS. Inés comprende que Amalia la aventaja en modales y cultura; la diferencia de educación la humilla y la molesta; además, considera á Amalia aquí como una intrusa, se declararon la guerra y yo soy el trasto que se están tirando á la cabeza.

MARQUÉS. Tienes razón: eres un trasto para Inés. Pero tu padre no te abandona. ¿No me recomendaste que la distrajera? Pues bien: la estoy entreteniendo hace unos días.

LUIS. ¿De veras? (*Le abraza.*) Antes era usted mi padre...

MARQUÉS. ¿Y ahora qué soy?

LUIS. Mi segundo padre. . y el primero.

MARQUÉS. Pero mi juego es peligroso

LUIS. ¡Cómo! ¿Ha recibido usted ya?

MARQUÉS. ¿El qué?

LUIS. La bofetada...

MARQUÉS. Hombre, no. Busca á Amalia y háblala sin miedo. Yo espero á Inés junto al estanque. (*Deteniendo á Luis que hace ademán de salir.*) Escucha. ¿No temes que tu padre por jugar con fuego se enamore de esa chica?

LUIS. ¿Usted?

MARQUÉS. Si; Luis, la raza humana se perfecciona por momentos: las muchachas brotan cada día más frescas y lozanas. Tienes veinte años. Yo cuarenta y uno. Estás en la edad de la esperanza: yo en la edad de las ilusiones: Inés es provocativa y original. Vete con Dios, y si me pierdo, no olvides nunca que me pierdo por salvarte.

LUIS. (*Dándole otro abrazo.*) En usted confio, porque yo la tengo miedo (*Sale por la izquierda*).

ESCENA V

MARQUÉS, luego INÉS en traje de casa, pero elegante, lleva un saquito de ropa en la mano: detrás un lacayo que lleva una sombrilla y una paleta de lavar.

MARQUÉS. La verdad es, que, si no miente mi experiencia, no tengo ya remedio. Y es que yo necesitaba estimulantes, y esa mezcla de señorita y labriega, el contraste de sus maneras y su traje, su inge-

nuidad y su malicia, tienen alicientes desconocidos. No serán de un orden superior, pero esto no es vulgar; no es el manjar eterno de la mesa cortesana, sino un plato popular sazonado en gran cocina. (*Mirando por la derecha*) Aquí viene: no está sola: que contrariedad! (*Se oculta.*) (*Entran Inés y el lacayo; éste coloca la banca: Inés deja el saco y se dispone á lavar: el criado se cruza de brazos á distancia respetuosa*)

INÉS. ¿Que espera usted, buen hombre?

LACAYO. La señora me mandó estar á su cuidado.

INÉS. Digala usted que yo me cuido sola.

MARQUÉS (Vale un imperio.)

LACAYO. Es que el estanque es muy hondo.

INÉS. No importa: nado como un pez.

LACAYO. ¿La señorita desea que me retire?

INÉS. Claro está: y puede usted decir á mi madre, que cuando salga de casa podrá ponerme cola si le agrada, pero que no me gusta lavar ropa con lacayo.

MARQUÉS. Esto es divino.

LACAYO. Está bien (*Saluda y se retira por la derecha dejando la sombrilla.*)

ESCENA VI

INÉS colocada en la banca se remanga los brazos y jabona tarareando una copla. El MARQUÉS sale poco á poco.

INÉS. (*Tarareando.*)

Los claveles para olerlos
los niños para besarlos
los mozos para quererlos,
los viejos para quemarlos.

MARQUÉS. ¡Ay! Inés! Quien fuera niño...

INÉS. Vaya un susto que me ha dado usted. Por poco más se me escurre el jabón de entre las manos.

MARQUÉS. Ese jabón es un mentecato. Aunque también me escurriría...

INÉS. Ya lo creo. Es usted muy suave...

MARQUÉS. Más lo debe ser ese cutis...

INÉS. Vamos: vamos: déjeme usted lavar. (*Golpea la palata y el Marqués la mira embelesado.*)

MARQUÉS. ¡Inés! Me está usted volviendo loco.

INÉS. ¿Cree usted que soy tonta? Ayer estaba usted tranquilo.

MARQUÉS. Ayer... ayer ignoraba que tuviera usted ese brazo... *(Aproximándose con impertinencia.)*

INÉS (*Alargándole el brazo con marrullería.*) ¿Creía usted que era manca?... (*El Marqués vacila y pretende besarle: Inés le aá una bofetada*) Pues no lo soy. (*El Marqués hace un ademán de cólera, se dirige al Espantajo le descuelga y le quita el palo Inés se levanta.*) ¡Perdón! ¿A donde vá usted?

MARQUÉS. ¿A dónde? ¿A dar de palos á mi hijo, porque habiéndome advertido que daba usted bofetadas y fuertes, no me dijo que las daba usted tan pronto.

INÉS. (*Deteniéndole*) No lo he podido remediar. Los carrillos de los hombres...

MARQUÉS. ¿Cree usted que son de piedra?

INÉS Si: de piedra imán.

MARQUÉS. (*Incomodado.*) Los hombres merecen correctivos, lo confieso; pero nunca de ese género que no califico... por cortesía.

INÉS. Si soy una paleta: sólo sé pegar groseramente: pero usted me enseñará á dar bofetones de buena sociedad. (*Muy melosa.*) ¿Le he hecho mucho daño?

MARQUÉS. Me ha dormido usted este carrillo.

INÉS. (*Mirándole con zalamería*) ¿Cómo le despertaríamos?

MARQUÉS. ¡Eh! (*Acercándose demasiado.*)

INÉS. Quieto ó le duermo á usted del todo.

MARQUÉS. ¿Aún más? ¿Aún más? (*Se pasea con cólera.*)

INÉS. (*Sentándose en la banca y lavando.*) Yo á lavar... usted á hablar tranquilamente.

MARQUÉS. ¿Hablar? (*Sigue paseando.*) ¿Y cree usted que se me ha de ocurrir algo? ¿No sabe usted que estas cosas trastornan las ideas? Si no tuviera ese cuerpo, y esa cara, y esos brazos, la tiraba á usted al agua.

INÉS. Eso se vería.

MARQUÉS. ¿El qué?

INÉS. Quien tiraba á quien.

MARQUÉS. Nunca me había sucedido cosa semejante. (*Después de haberse paseado, se detiene.*) ¡Inés! Cree usted que un hombre serio merece ser tratado asi?

INÉS. ¿Y no hemos de escarmentar las unas en las otras? He oido delirar noches pasadas á la pobre Amalia y me daba compasión. No la crei capaz de cegarse tanto por un hombre. ¡Arre allá! que por la formalidad del hijo se saca la del padre.

MARQUÉS. Pero ¿no han de ser los padres más formales que los hijos?

INÉS. Y más que los padres, los abuelos ¿no es verdad? Que se lo cuenten á mi abuela.

MARQUÉS. Los hombres de mi edad quieren con firmeza.

INÉS. ¿Sabe usted lo que hacen en mi pueblo los chiquillos? Cuando uno quiere tener novia, se vá al sitio donde lavan las muchachas y dice á la que le gusta: «¡Fulana!» tira al rio la flor que llevas en el pelo!» Y todos los años se ahogan dos ó tres, porque es preciso coger la flor en un remolino que forma la corriente. (*Levantándose.*) Voy á tender este peinador.

MARQUÉS. Permítame usted que yo lo haga.

INÉS. No.

MARQUÉS. Que abra la sombrilla siquiera.

INÉS. ¿Qué dirán las gentes si nos vieran, á un marqués ayudando á lavar y á mi tendiendo ropa con sombrilla?

MARQUÉS. ¿No ha visto usted en los abanicos antiguos pastores muy acicalados?

INÉS. Es verdad: dirían que somos lavanderos de abanico.

MARQUÉS. Y que usted lava la ropa con jabón de olor y la cuelga con alfileres de brillantes.

INÉS. Mire usted; esas cosas tan bonitas no se oyen en mi pueblo. Ustedes son más finos y más falsos.

MARQUÉS. Inés. Deje usted que mire de cerca sus ojos.

INÉS. ¿Cree usted que soy el titirimundi? ¡Ay, Marqués! Acerque usted la cabeza.

MARQUÉS. (*Retrocediendo.*) Comprendo: quiere usted repetir.

INÉS. No. Es que quiero arrancarle una cana.

MARQUÉS ¿Una cana? Haga usted de mi lo que quiera. Pero ¿no sería mejor arrancarla con unas pinzas?

INÉS. (*Procurando arrancarla*) No hay mejores pinzas que los dedos de una mujer para arrancar pelos. ¿Tiembla usted?

MARQUÉS. En la proximidad de esa cintura.

INÉS. ¿Si? Pues que se la quite á usted su peluquero.

MARQUÉS. Inés. No juegue usted por Dios con un hombre que la adora.

INÉS. Basta de burlas.

MARQUÉS. La juro á usted que hablo de veras.

INÉS. Pues no le creo. ¡Ay! que rosa tan linda. (*Arranca una y la prende en su pecho.*)

MARQUÉS. Como se esponjará esa flor oyendo los latidos de corazón de usted. . Aunque no oirá nada: usted no tiene corazón.

INÉS. (*Mirándole fijamente.*) ¿Eso cree usted?

MARQUÉS. Pues deme usted esa flor.

INÉS. Corte usted otra.

MARQUÉS. Esa: esa ha de ser.

INÉS. No: darle esta rosa significaría lo que una muchacha lugareña no debe conceder á un caballero tan malicioso como usted.

MARQUÉS. ¡Por compasión!

INÉS. (*Con seriedad fingida.*) ¿No me engaña usted?

MARQUÉS. Lea usted en mis ojos.

INÉS. Pues bien: cada una tiene su manera de hacer las cosas y sus costumbres. Dar una flor en seco significa sequedad El hombre que quiera esta flor la coje á nado. (*La tira al estanque: el marqués se queda estupefacto: mira alternativamente á Inés y al agua.*)

MARQUÉS. (*Aparte.*) ¡Yo quisiera saber qué hace un hombre en este compromiso! (*Inés finge retirarse ofendida.*) Oiga usted... (*Deteniéndola.*) Mi padre se perdió por una actriz y mi abuelo por una petimetra: todos mis antepasados se perdieron por una mujer y yo me pierdo por usted. Voy por esa flor, pero como yo no se nadar, avise usted si quiere que vengan á pescarme. (*Se arroja al agua: Inés hace un ademán de triunfo y corre hacia el estanque: allí manifiesta gran zozobra.*)

NÉS. ¡Ay! Ni el Marqués ni la rosa. No me engañó. No sabe nadar. (*Hace ademán de descalzarse.*) Tengo que arrojarme también para salvarle ¡Ah! (*Toma la pala de bañero y la mete en el agua con rapidez.*) Soy una atolondrada... Pobre hombre: parece que me quiere... ¡Ah! Ya prendió. (*Retira la pala y reaparece el Marqués.*) ¿Hace usted pié?

ARQUÉS. ¡Uf! sí: piso un escalón: ya no hay cuidado.

ÉS ¿Se ha asustado usted?

ARQUÉS. Sí; pero ya he bebido agua.

ÉS. ¡Já, já, já!

ARQUÉS. ¿De qué se ríe usted?

ÉS Me río de que no creía que pescar á un Marqués era tan fácil. No salga usted hasta que traigan otra ropa.

ARQUÉS. Me voy á helar.

ÉS No. (*Poniendo en pié el espantajo.*) Aquí hay un traje limpio. ¡Já, já, já!

RQUÉS Sigue usted muy risueña.

S Me rio de figurármele á usted vestido de pelele

RQUÉS Voy á salir.

INÉS Espere usted á que yo salga. ¡Já, já, já!

MARQUÉS. ¿Otra vez?

INÉS Me río de que hace un rato me quería usted tirar al agua. ¡Já, já, já! (*Sale por la izquierda riendo á carcajadas.*)

MARQUÉS. (*Con el pecho fuera del agua.*) Bonita situación. He estrenado mi cana haciendo por esa chiquilla una verdadera chiquillada. Estoy por irme á fondo.

ESCENA VII

El MARQUÉS con el pecho fuera del agua que esconde al ver á AMALIA que entra por la derecha agitada y mira con recelo á todos lados.

MARQUÉS. ¡Mi nuera! Estoy lucido. ¿Cómo me presento ante ella en esta facha? Y se pone á rezar... No rezaría con tanta devoción si supiera que su suegro está en remojo. Cuanto tarda... Y siento frío... Pues si reza un rosario me divierto.

AMALIA. Oh Vírgen mia: perdóname esta falta tan enorme: pero no tengo valor para quedarme en este mundo donde soy un estorbo para todos. (*Deja en el suelo una carta y una flor seca, después de besar ésta; se levanta y mira al cielo.*)

MARQUÉS. ¡Está muy agitada! ¡Se despide! ¿Qué es esto? ¡Ah! Viene á suicidarse. ¿Y con qué autoridad la digo que no se tire al agua. (*Amalia se dirige al estanque en ademán de arrojarse dentro: el marqués se levanta en el agua y agita los brazos diciendo:*) ¡Amalia! ¡Amalia! (*Amalia dá un grito y huye por la izquierda*)

ESCENA VIII

MARQUÉS, al salir del agua lo hace por dentro para que no se le vea mojado y habla dentro tambien.

MARQUÉS. Esto es muy grave... Y no puedo seguirla... Estoy calado. (*Tomando el espantajo.*) No tengo más remedio que ponerme este traje aquí, en el gallinero. ¡Cómo tirito! Debe estar escondida por

ahí cerca. Pues, si tarda un poco más nos encontramos en el fondo. ¿Me dará tiempo?

ESCENA IX

TOMAS atraviesa la escena de izquierda á derecha, mirando á todos lados.

TOMÁS. El grito me pareció de Amalia... Nada veo. Es que estoy preocupado... Dijo que iba á escribir... Primero la buscaré por todas partes. ¡Pobre niña! ¡Pobre niña! (*Sale por la derecha.*)

ESCENA X

LORENZO sale por la izquierda con un garrote en la mano.
Luego El MARQUÉS

LORENZO. Aquí fué, no tengo duda. (*Acercándose al estanque.*) Y aquí está el suelo salpicado de agua ¿Se habrá caido al estanque la otra señorita? Porque á la mía no la asusta el agua... Aunque algo turbio se ve el fondo. No ha caido nadie. (*Mirando al sitio donde está el marqués, retrocede.*) Un hombre extraño sale del gallinero. (*Sale el marqués con el traje del pelele y una estaca en la mano, Lorenzo enarbola su garrote y vá á acometerle.*)

MARQUÉS. (*Levantando también su estaca.*) ¡Eh! ¿No me conoce usté?

LORENZO. (*Retrocediendo con terror.*) Si, señor... Es usted... ¡El espantajo! (*Huye por la derecha.*)

ESCENA XI

MARQUÉS, luego D.ª PETRA y D. JUAN alternativamente.

MARQUÉS. (*En actitud de seguirle y castigarle.*) ¿Cómo se entiende? Tiene razón: si no lo soy debo parecerlo. Amalia huyó por allí... (*Viendo aparecer por la derecha á D.ª Petra.*) ¡Señora!

D.ª PETRA. ¿Usted así? ¿Pero es usted el marqués? (*Se santigua y retrocede.*)

MARQUÉS. Escuche usted.

D.ª PETRA. Compadécele, Señor: se ha vuelto loco. (*Desaparece por donde entró.*)

D. JUAN. (*Desde dentro.*) No puede ser. (*Asomándose.*) Tienes razón: Petra.

MARQUÉS. ¡Don Juan! (*Llamándole por señas.*)

D. JUAN. ¡Já! ¡já! ¡já!

MARQUÉS. Dos palabras.

D. JUAN. Son inútiles. Marqués. La hidroterapia no le prueba á usted. Tome usted morfina y á la cama. (*Se retira.*)

MARQUÉS. ¡Pero señor! Que el traje tenga tanta importancia en este mundo. No quieren oirme... Y se ríen... No aguaré su alegría. Yo la buscaré ¡Ah!

ESCENA XII

El MARQUÉS é INÉS que se rie al verle

MARQUÉS. A usted no la consiento que se ría.

INÉS. ¿Sabe usted lo que va diciendo Lorenzo á todo el mundo?

MARQUÉS. Silencio y lea usted. (*Alzando la carta de Amalia y presentándosela.*)

INÉS. ¿Qué es esto?

MARQUÉS. Una desgracia. Amalia ha querido ahogarse en el estanque.

INÉS. (*Aterrada.*) ¡Dios mío!

MARQUÉS. Espéreme usted aquí. (*Sale por la izquierda.*)

ESCENA XIII

INÉS con la carta en la mano.

INÉS: Comprendo. ¡Ay! Pobre Amalia. Yo tengo la culpa. La he maltratado... La he dado celos... Y tiene la generosidad de no echármelo en cara.. (*leyendo*) que muere para que seamos felices... Pero ¿puede alguien ser feliz causando la muerte d

otro... (*Se pasea con precipitación.*) He sido envidiosa y mala... Pero ¡que calma la de ese hombre!

ESCENA XIV

INÉS y el MARQUÉS

NÉS. Por fin llega usted. Ha tardado usted cien años.

MARQUÉS. Está allí, escondida y llorando en la casilla del guarda ¡Vamos!

NÉS. No: yo sola: á mi me corresponde.

MARQUÉS. Que sus padres de usted no sepan nada y ¡pronto! ¡pronto! (*Sale Inés por la izquierda*)

ESCENA XV

El MARQUÉS y luego LUIS.

ARQUÉS. Se salvó. Ya estoy tranquilo. (*Recogiendo del suelo la flor seca.*) La flor seca que dejó al lado de su carta. Si: un regalo de mi hijo. Qué juventud tan mustia. Su rosa seca y arrugada: la mía fresca y chorreando agua...

JIS. (*Entra por la izquierda. Aterrado.*) ¡Mi padre!

ARQUÉS. ¡Hijo!

JIS. No le reconozco á usted por padre.

ARQUÉS. ¡Ea! Ya estoy cansado de que se burlen todos de mi traje. Mientras las gentes formales y bien vestidas se rien, hacen aspavientos y representan el buen juicio, está ocurriendo una desgracia que no ven; y yo, vestido de mamarracho salvo la vida á la pobre Amalia que ha estado á punto de suicidarse.

JIS. ¿Qué dice usted?

ARQUÉS. ¿Conoces esta flor?

JIS. Yo se la dí.

ARQUÉS. Devuélvesela luego llena de besos y quiere á esa pobre niña que te adora. Haz que vengan don Juan y doña Petra sin que sepan la catástrofe que ha podido ocurrir, y otra vez aprende á distinguir

lo serio en lo grotesco. Ni una palabra más. (*Empujándole.*)Ya lo sabrás todo.

ESCENA XVI

El MARQUÉS hacia el fondo: INÉS que trae á AMALIA por la cintura y la acaricia.

INÉS. ¿Me perdonas con toda tu alma?

AMALIA. ¡Oh! De todo corazón: pero... tengo vergüenza.

INÉS. Rompe esa carta... y abrázame otra vez. (*Se abrazan.*)

AMALIA. ¿Me perdonas todo?

INÉS. Si has sido mi víctima... Déjame que te mire... ¿Sabes por qué te llamé fea? De coraje porque eras tan hermosa.

AMALIA. Pero no á tu lado. ¡Oh! qué buena eres. ¿Verdad que seremos hermanas desde ahora?

INÉS. Eso, chica... francamente... (*Amalia se retira un poco*) no lo sé.

AMALIA. ¿Qué dices?

INÉS (*Tomándola una mano y diciéndola aparte.*) Porque... porque se me ha metido en la cabeza ser tu suegra. (*Las dos sueltan una carcajada y se abrazan.*)

MARQUÉS (*Adelantándose.*) Supongo que no se reirán ustedes del pelele...

AMALIA. ¡Válgame Dios! ¿Quién le ha puesto de ese modo?

INÉS. (*Aparte á Amalia.*) Yo.

ESCENA XVII

Dichos: D.ª PETRA y D. JUAN y LUIS por la derecha

D. JUAN. ¡Bravo! ¡Bravo! Abrazadas. (*A Luis.*) Y tú ¿qué haces? (*A Petra.*) ¿Y tú? (*Al Marqués.*) ¿Y usted? ¡Todos á ellas! (*Forman un grupo.*)

INÉS. (*Desaciéndose del Marqués que vá á abrazarla.*) Madre, digo, mamá: yo quiero ser la madrina

(*Deteniéndose.*) ¡Huy! Ya la solté. ¿A que es ordinaria la palabra?

. JUAN. Dijiste bien. Sigue.

ÉS. Pues quiero ser la madrina de la boda.

.ª PETRA. (*A D. Juan.*) ¿Ves como es un ángel?

. JUAN. Gracias, hija mía. (*La abraza conmovido y para reponerse dice al Marqués:*) ¡Marqués! Quítese usted ese traje ó súbase usted al árbol.

ARQUÉS. (*Bajo á D. Juan.*) Es que su hija Inés me ha vuelto loco y quiero que sea mi mujer.

JUAN. Pues entiéndase usted con ella y si se arreglan ustedes, tendré mucho gusto en dar su mano al Marqués de Armas pero no al espantajo de mi huerta.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, TOMAS llorando y con una carta en la mano y LORENZO

RENZO. No te aflijas: aquí está.

MÁS. ¡Vive! (*Lorenzo le sostiene.*) ¡Ah! ¿Por qué me escribiste esta carta que he hallado en tu pupitre? ¿Quitarte tú la vida?

ª PETRA. ¿Qué dice?

JUAN (*Mirando á todos con sorpresa.*) ¿Qué ha pasado aquí?

ALIA. (*Arrodillándose.*) ¡Perdón! ¡Perdón!

RQUÉS. (*Levantándola y echándola en brazos de D Juan y Doña Petra.*) Nada: gracias á Dios se ha impedido una niñada.

JUAN. ¿Y yo reia? ¿Y me burlaba de usted? ¿Y le daba bromas risueñas? ¡Ah! Yo era el verdadero mamarracho. (*Queriéndole besar la mano.*)

RQUÉS. (*Impidiéndolo.*) ¿Qué hace usted? ¿Qué hace usted?

JUAN. ¿Qué he de hacer, hombre, que he de hacer? Besar la mano al espantajo. (*Se abrazan.*)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE D. JÓSE FERNÁNDEZ BREMÓN

ELIXIR DE LA VIDA, pasillo en un acto y en verso.
S ESPÍRITUS, pieza cómica en un acto y en prosa.
S HIJOS, drama en un acto y en verso. (*Agotado.*)
QUE NO VE LA JUSTICIA, drama en tres actos y en prosa.
SIÓN DE VIEJO, drama en tres actos y en prosa.
ESTRELLA ROJA, drama en tres actos y seis cuadros y en verso.
ESPANTAJO, comedia en tres actos y en prosa.
ENTOS. Un volumen que contiene los siguientes: Un crimen científico.—La hierba de fuego.—Mr. Dansant, médico areópata.—Gestas, ó el idioma de los monos.—Siete historias en una.—Pensar á voces.—Una fuga de diablos.—El cordón de seda.—El tonel de cerveza.—Miguel Angel ó el hombre de dos cabezas. Se vende á tres pesetas en las oficinas de *La Ilustración Española y Americana.*

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

para grande y pequeña orquesta

PROPIEDAD DE

LORENCIO FISCOWICH

EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros me-
s maestros compositores la propiedad del derecho de
roducir los papeles de orquesta necesarios á la repre-
tación y ejecución de sus obras musicales, hay un com-
o surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo
arado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.